REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI — San José, Costa Rica — **1936** — Jueves 6 de Febrero — Núm. 10

Año XVII — No. 746

[Sello: ... 30 1936 ... PERIODICAL DIVISION]

SUMARIO

El abuelo León Nicolaievich Tolstoi

(Recuerdos de Ana Ilichna Tolstoi de Popov, nieta del gran escritor)

= De *La Nación*. Buenos Aires, Rep. Argentina. Diciembre 8 de 1935. =

Recuerdo una mañana de verano allá por el año 93. Desde la estancia Yasnaia Poliana hasta la estación Yasenky mandaron para buscarnos un cómodo coche. Una troica de tranquilos, grandes y rápidos caballos, con el tradicional emblema de Yasnaia Poliana, corrían al trote.

Durante el camino el cochero Adrián dijo algo a mi madre. Miré hacia donde él señalaba y ví en la lejanía la figura de un jinete que iba a nuestro encuentro.

Fué la primera imagen de León Nicolaievich que se grabó en mi memoria. Recuerdo su barba blanca, dividida en dos partes y movida por el viento, y la sonrisa que iluminó su cara en el momento de acercarse a nosotros. El coche paró.

El caballo del abuelo, Torpanchik, estaba inquieto, golpeaba con las patas la tierra, se movía en el mismo lugar, se acercaba al coche, casi tocando a los caballos, como si quisiera sacarles la brida. El abuelito hacía caso omiso de la impaciencia de Torpanchik; seguía con todo su cuerpo los movimientos del caballo, inclinándose y moviéndose junto con él. Contaba a mi madre que iba a casa de su hermano Sergio Nicolaievich Tolstoi, a la estancia Pirogovo, distante de Yasnaia Poliana unas 35 verstas.

Después de hacer unas breves preguntas respecto de cada uno de nosotros, el abuelo, con un movimiento leve, apenas visible, dió rienda suelta al caballo y sin darse vuelta, ni mirar para atrás, se alejó.

Llamaban la atención la agilidad del viejo, su bravura, la inflexión cariñosa de su voz, su aspecto fresco, la destreza con la cual manejaba el caballo brioso, su armoniosa figura y el aire despreocupado con que hablaba de un viaje a caballo sobre una distancia de 35 verstas.

Asombrada un largo rato, acompañé con la mirada al abuelo hasta que perdí de vista su silueta, su camisa blanca y su blanco caballo.

El segundo recuerdo, ya completamente nítido, se refiere a la vida en Moscú. Un día crudo de invierno. En la puerta de la casa está esperándonos un trineo con un lindo manto adornado con la vaporosa piel de oso, y tirado por un par de caballos: Lira y Stolnoy.

En el pescante vemos al conocido cochero Adrián, que en su indumentaria metropolitana parece grave e inaccesible. El abuelito, riéndose, me explicó que Adrián se ataba al



cuello un piolín para parecer más grueso y más rojo. Francamente hablando, hasta el día de hoy no sé si se trataba de una broma del abuelito o era la pura verdad. Adrián solo no podía vestir su casacón con almohadones atrás. Lo vestían y le ayudaban a subir al pescante.

En Moscú la atmósfera general era muy distinta a la de Yasnaia Poliana. Había siempre más gente, muchos amigos, numerosos visitantes. Durante las comidas siempre había convidados; se llevaba una conversación general. Por la noche llegaban más invitados; la gran sala siempre estaba llena de gente. Venían artistas todavía jóvenes y poco conocidos; la casa estaba alegre, bulliciosa, profusamente iluminada; se cantaba, se hacían juegos, se tocaba el piano, se discutía.

Recuerdo otro episodio de la vida en Moscú. Una vez durante mi estada en casa del abuelo sufrí unos dolores de garganta. La abuelita Sonia se asustó mucho y temiendo el contagio quiso separarme a mí de mi hermana Sascha y me llevó arriba hasta una pieza contigua a la sala. Me habían prevenido que del otro lado de la pared donde estaba mi sofá se encontraba trabajando el abuelito y que por eso había que estar quieta para no estorbarle. Alguien había dicho que el abuelo no quería transformar sus pequeñas habitaciones y que las había destinado a gabinete de trabajo. Por eso los mayores se quejaban de que en estas habitaciones había poco aire, sobre todo cuando venía a ver al abuelo gente extraña y se quedaba mucho tiempo fumando. El cielo raso era bajo, las lámparas a menudo alumbraban mal, esparcían humo, y todo eso era muy dañino para la salud del abuelo.

Cuando yo por primera vez entré en la pieza de trabajo de León Nicolaievich me extrañé de las dimensiones demasiado reducidas de la habitación, pero me agradó mucho la pieza y estuve muy de acuerdo con el gusto del abuelo.

De las primeras conversaciones con León Nicolaievich se grabaron en mi memoria las siguientes observaciones: recuerdo cómo el abuelo estaba en el comedor, mirando por la ventana, cómo mi hermana Sascha y el portero arreglaban la pista de patinar. Al levantar la pala Sascha hacía muchos movimientos con los brazos. El abuelo advirtió que ella, por falta de costumbre para los trabajos físicos, perdía inútilmente mucha energía, mientras que el portero actuaba como si midiera cada movimiento levantando rítmicamente la pala. En ese mismo comedor y al lado de la misma ventana el abuelo me ex-

plicó una vez que el hombre del organito ganaba con dificultad su pan, que sufría frío y a menudo hambre, tocando el organito, que tanto me divertía. Hasta entonces yo siempre había pensado que estos organilleros eran muy felices, pues vivían rodeados por música alegre y un inteligente loro.

Una vez el abuelo me llevó al jardín zoológico. Allí me hablaba de la vida y las costumbres de los animales, hacía preguntas al cuidador que nos acompañaba, completando los detalles con un cuadro muy pintoresco de la vida de estos animales, enseñándome a contemplarlos y a comprenderlos.

Esto ocurría en la época después de la muerte del hijo menor de León Nicolaievich, el pequeño Vanichka (diminutivo de Iván). Era el mimado de toda la familia, el hijo de la vejez de los abuelos, un niño muy capaz, inteligente, de gran talento para sus seis o siete años. Hablaba a la vez tres idiomas extranjeros, inventaba cuentos, se interesaba por las conversaciones de los mayores, haciendo sus observaciones, que se oían con interés.

Una vez paseando con su madre, la abuelita Sofía Andreevna, por la estancia Yasnaia Poliana, la abuelita le explicó que esta tierra le pertenecía a él y le mostró los límites, a lo cual el niño le objetó:

—Pero, mamá, si todo es de todos...

Vanichka me llevaba sólo diez meses: éramos muy amigos, jugábamos siempre juntos, conversábamos horas enteras. Vanichka sabía trabar con todos una amistad especial y el que lo conocía jamás podía olvidar a esta singular criatura.

En el invierno del año 1895, a los siete años de edad, Vanichka murió en Moscú de escarlatina. A mí me ocultaron la noticia de su muerte, y sólo un tiempo después, por casualidad, supe que Vanichka ya no existía, que no lo iba a ver nunca más, y lloré desesperadamente. Después escribí una carta al abuelo, en la cual, en una forma infantil y torpe, expresé mis sentimientos. En contestación, recibí una carta escrita a máquina para que yo sola pudiera leerla. La carta rezaba:

> "Te agradezco, mi querida nieta Anochka, tu cariñosa carta. Vanichka se fué de nuestro lado, Dios lo llamó a El; está allí muy bien y es un pecado lamentar y llorarlo. Pero, sin embargo, sentimos mucho que no esté más con nosotros. La abuelita Sonia lo extraña mucho y nosotros todos la consolamos. En verano, cuando vengas con nosotros, pasearemos juntos y hablaremos largamente. Te besa a ti, a tu papá, mamá y a tus hermanos tu amigo y abuelo León.—16 de marzo de 1895."

Yo no conocí a León Nicolaievich cuando hacía trabajos físicos, y los retratos que lo representan descalzo me parecían fantásticos y me desagradaban, como toda ficción.

Solamente después supe de aquella época de la vida del abuelo cuando se podía verlo arando, cavando tierra o ejerciendo el oficio de albañil o de carpintero. Yo lo conocí ya ajeno a todo lo que lo rodeaba, viviendo solitariamente en la bulliciosa casa de la Yasnaia Poliana.

El abuelo tenía su propia vida, separada de la de todos. Se levantaba muy temprano, él mismo limpiaba su habitación, sacaba el balde con agua sucia, y cuando nosotros nos despertábamos, ya aseado y arreglado, salía y a prisa pasaba cerca de nuestras ventanas. A las ocho y media hacía su paseo matinal ineludible. En la mayoría de los casos ya lo esperaban en la puerta de la casa. Se acercaba a quienes lo esperaban, saludaba, sintiendo cierta turbación; escuchaba a todos, a algunos pedía que lo esperasen hasta que volviera para hablar detalladamente. Con otros, si sus miras y opiniones eran distintas, el abuelo no podía hablar tranquilamente. Muy a menudo se encantaba con sus interlocutores y con sus ideas; otras veces éstos le dejaban intranquilo y nervioso por negarse a comprender lo que para el abuelo era un axioma. A veces se iba a paseo malhumorado, y después de muchas reflexiones y un esfuerzo de voluntad volvía ya tranquilo, y embargado de un dolor en el corazón refería algunos casos de incomprensión de uno de sus visitantes matinales.

Al volver de su paseo matinal quedaba en su escritorio escribiendo hasta la una o las dos de la tarde. Allí le servían, separado de todos, un almuerzo, y él comía sin interrumpir su ocupación. Siempre se le pasaba en limpio todo lo escrito por él durante el día. Al día siguiente empezaba a hacer correcciones, completaba, cambiaba las frases, tratando de expresar con más claridad su pensamiento. A veces borraba y cambiaba todo.

Otras veces, cuando lo escrito parecía ya terminado y estaba copiado en limpio, el abuelo de repente borraba todo y venía diciendo, con disculpas, que habría que copiar de nuevo; tratar otra vez de descifrar lo escrito en el margen, pues, hasta los últimos años, era muy parco en el uso de papel y no podía desacostumbrarse de su propensión a llenar toda la hoja.

—Saschenka (diminutivo de Alejandra), de nuevo cambié todo — decía a su hija, la cual, no obstante conocer muy bien su letra, se quedaba a veces horas enteras descifrando una frase. Sólo si el esfuerzo fracasaba se dirigía a él, y sucedía que tampoco él sabía hacerlo. Suspiraba, miraba la hoja de todos lados, y siempre conseguían descifrar su letra o la abuela o la misma Sascha, ante el gran asombro del abuelo.

Después de sus ocupaciones, León Nicolaievich se iba a pie o a caballo a pasear; de vez en cuando llamaba a alguien para que lo acompañase, y a veces proponía a todos hacer un paseo a pie.

Así, una vez en un grupo grande, fuimos, a siete verstas de Yasnaia Poliana, a visitar una fábrica de fundición de hierro. Caminamos un largo rato por la fábrica, entre lúgubres máquinas; luego subimos por las escaleras y de allí miramos hacia el metal al rojo que antes de enfriar se echaba en moldes. Cuando salimos me sentía contenta de abandonar este infierno, y el abuelo comentó todo el camino lo que acabábamos de ver.

Cuando íbamos a otras partes, el abuelo no quería seguir un camino trazado; marchaba con un paso ligero como si lo atrajese lo desconocido No ignorando su costumbre de caminar mucho sin calcular sus fuerzas, la abuela, durante los últimos años, se intranquilizaba por él si salía solo. A veces mandaban a su encuentro un coche o un trineo, según la época del año. Sólo una enfermedad o una indisposición fuerte retenían al abuelo en casa a la hora de sus acostumbrados paseos.

Alrededor de las cinco de la tarde León Nicolaievich volvía del paseo, se desvestía y se acostaba a dormir aunque fuera por media hora. Este descanso lo mantenía mucho, sobre todo en los últimos años de su vida. A las seis de la tarde, a la hora de la comida, el abuelo bajaba a la sala y muchos miembros de la familia lo veían por primera vez durante el día, aunque vivían bajo el mismo techo.

Entraba siempre con un aspecto jovial, recién arreglado y peinado, con las manos frías todavía del agua fresca saludando a todos y extendiendo de lejos la mano, como era su costumbre. A veces si llegaba tarde cuando ya todos estaban en la mesa, apresuradamente tomaba su asiento al lado de la abuela, hacía un saludo general y pedía que nadie se levantara.

Sucedía que la abuelita tardaba; entonces no se sentaban a la mesa; el abuelito tomaba a alguien de la mano y empezaba a correr alrededor de la mesa. Nosotros sabíamos que había que hacer lo mismo, y formábamos una cadena. Generalmente el tío Sergio se sentaba al piano y se ponía a tocar una marcha de Rudolfi, profesor de música de León Nicolaievich.

Así, encabezada por el abuelo, la cadena corría alrededor de la mesa hasta que aparecía la abuelita. Entonces se rompía la cadena y todo el mundo debía ocupar sus asientos. Este recuerdo, por supuesto, no se refiere a los últimos años de vida de León Nicolaievich.

Durante la comida el abuelo contaba las impresiones de su paseo, dónde estuvo, a quién había visto. Siempre trababa conversaciones con las personas que se encontraban en su camino. El abuelo se indignaba también por la labor pesada de los picapedreros que trabajaban en el empedrado. Decía que para la fabricación de varios objetos inútiles había fábricas y para un trabajo tan pesado nada habían inventado.

Por lo visto, León Nicolaievich había probado el trabajo de levantar el mazo con que se desmenuzan las grandes piedras. Hablaba de la tierra que respiraban los picapedreros, del sol que los quemaba y en general de este trabajo tan pesado.

Muy a menudo el abuelo iba a la estancia Ovsianikovo, propiedad de Tatiana Lvovna Sujotina-Tolstoi, donde vivía María Alejandrovna Shmitt, una persona que compartía sus ideas. Ella vivía en una pequeña casita, trabajaba en la quinta, cultivaba frutilla, comiendo sólo lo que crecía en ella. Era vegetariana, nunca se quejaba de nada y siempre estaba llena de ternura hacia la humanidad. A todos nosotros nos quería entrañablemente, no como otros "tolstoianos" que trataban a toda la familia de León Nicolaievich con cierto recelo.

A veces mandaban de Yasnaia Poliana un coche para buscar a María Alejandrovna, y ella se quedaba días enteros en la estancia. Antes no había notado una amistad especial entre la abuela y María Alejandrovna, pero después de la partida de León Nicolaievich y luego de su muerte, María Alejandrovna seguía visitando Yasnaia Poliana y parecía que era la única de todos los "tolstoianos" que compartía y trataba con cariño a la abuela después de su desgracia.

Recuerdo a las dos juntas tejiendo en la sala, conversando, como dos huérfanas, después de la muerte de León Nicolaievich. Las dos querían al abuelo, cada una a su modo, y luego las dos se habían hecho más amigas sintiendo juntas la irreparable pérdida. Hasta hoy día se me llenan los ojos de lágrimas al recordar a estas dos viejecitas unidas por la misma desgracia. En esta época la abuela

decía que estaba dispuesta a perdonar todo al editor Chertkoff y hacer las paces con él con tal de que no hubiese peleas y desacuerdos después de la muerte de Liovochka (diminutivo de León).

La mesa del comedor se dividía en dos partes: la "otra punta" y la "nuestra". En la "otra punta", en la cabecera, estaba sentada la abuela Sofía Andreevna, a su derecha el abuelo y al lado de ellos los vegetarianos, pues para el abuelo preparaban comidas especiales, mientras que nosotros comíamos carne. A la izquierda de la abuela generalmente se sentaban las visitas de honor, viajeros en su mayor parte. En "nuestra" sección estaban mi hermana Sascha y los jóvenes como yo; era la parte más alegre de la mesa. Solamente hacia el fin de la vida de León Nicolaievich empezamos a portarnos con más juicio, escuchábamos las conversaciones de los mayores. Después de la comida todos se iban a sus correspondientes habitaciones y se ocupaban de sus propios asuntos. El abuelo se iba a su escritorio, pero a esas horas no escribía sino que leía, y muchas veces la puerta que daba de la sala a su escritorio quedaba semiabierta.

De vez en cuando el abuelo se quedaba en la sala conversando con alguien o jugando al ajedrez A estas horas Sascha copiaba generalmente los trabajos del abuelo y si no tenía tiempo de terminarlos continuaba por la noche, después de las nueve, que era la hora en que todo el mundo se reunía en el comedor para tomar el té. A veces el abuelo salía de su pieza con un libro en la mano y ofrecía leer en voz alta algo que le había gustado. Todo el mundo se sentaba, traían sus trabajos y León Nicolaievich con voz clara y agradable empezaba a leer. Al llegar a las sencillas descripciones de la naturaleza o lugares emocionantes se interrumpía, las lágrimas llenaban sus ojos y no podía seguir leyendo. Entonces entregaba el libro a alguien señalando con el dedo el lugar donde había de continuar. Luego, después de tranquilizarse, tomaba el libro de nuevo. Desgraciadamente no recuerdo el nombre de los autores, sólo Cherjov y Semenov se me grabaron en la memoria.

La música también impresionaba mucho al abuelo. Muy a menudo llegaban a Yasnaia Poliana artistas y nos regalaban verdaderos conciertos que el abuelo oía muchas veces llorando de emoción. León Nicolaievich con mucho placer oía el canto de mi madre y de la hermana de la abuela Tatiana Andreevna Kusminsky, que cantaba muy bien. Se organizaban veladas musicales; a veces me hacían cantar también y si había gente extraña me sentía cohibida pero no podía negarme.

El abuelo nunca nos acariciaba, pero a pesar de su carácter reservado sentíamos su inmensa ternura hacia nosotros.

Una vez, sentados los dos en la sala, el abuelo me preguntó qué papel representaba mi cuerpo en mi vida. Me sentí cohibida por la pregunta, entonces León Nicolaievich me explicó que con los años él cada vez comprendía mejor la idea de la separación del alma y del cuerpo; que claramente sentía cómo el cuerpo lo retenía y le estorbaba y su alma ya estaba casi separada, que el cuerpo era como si fuera un estuche, pero siendo joven uno no lo sentía y la sensación de la separación venía con los años.

Recuerdo también la noche del Año Nuevo en la Yasnaia Poliana, cuando se hacía una gran cena, se servía champaña, todos estaban en vestidos de fiesta y corrían con papelitos y lápices. A las doce menos cinco se sentaban a la mesa y esperaban toques de campanadas del reloj. Con los primeros toques de campana había que escribir un deseo y tragarlo antes de que el reloj terminara de dar las doce. El abuelo nos contemplaba con una sonrisa de bondad y de condescendencia.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Durante toda mi vida me sentí cohibida en presencia del abuelo; con él había que hablar como si fuera consigo mismo, como con su propia conciencia. Había que contestarle siempre como si se desnudara el propio "yo", pues el abuelo oía en la contestación no las palabras sino todo el espíritu de la persona. Cada vez que León Nicolaievich se dirigía a mí, yo sentía que era menester concentrar todo el caudal de la voluntad, del alma y de la inteligencia para darle la contestación.

Tuve ocasión de cuidar al abuelo dos veces cuando estaba enfermo. La primera vez sucedió en el año 1902 cuando él volvía de Crimea, después de una penosa enfermedad. León Nicolaievich estaba en cama, trabajaba y leía muy poco. Me mandaron quedarme cerca de él, para que pudiese alcanzarle algo o llamar a los mayores. Recuerdo que estaba sentada leyendo un libro de Dostoievsky y me sentía muy orgullosa del encargo recibido. Ayudaba al abuelo a lavarse y le peinaba su blanca cabellera. Recuerdo cómo le desagradaba tener que pedir ayuda en algo y sufría sintiéndose viejo y al necesitar auxilio.

Por segunda vez tuve que cuidarlo en el año 1908, cuando empezó a sufrir de desmayos. El primer desmayo, que asustó tanto a todos, tuvo efecto el sábado de la semana de Pascua, cuando nos preparábamos para ir a la misa del gallo. El abuelito como siempre, vino a comer con todos pero no pudo hablar; confundía palabras y nombres. Le suplicaron que se acostase, le dieron algo para descongestionarle y trataron de tranquilizarlo pidiendo que no hablara y no intentara explicar sus deseos. El abuelo mejoró muy pronto, pero quedó débil por un tiempo y ya empezó a trabajar y llevar su vida habitual. Unos días después ya olvidamos el ataque y yo entré en su pieza para hablar de varios asuntos. De repente vi que sus ojos estaban turbios y me pareció que hacía esfuerzos para hablar pero no podía lograrlo. Salí de la pieza para llamar al médico del abuelo, Duchan Petrovich. Pero el facultativo no estaba; lo habían llamado para ver un enfermo en el pueblo. Nadie estaba en casa y el abuelo me pidió le diera una inyección de morfina. Con la jeringa en la mano me acerqué a su espalda sin atreverme a hacer esta operación de tanta responsabilidad. Y hasta el día de hoy no puedo recordar sin estremecerme este momento. Felizmente todo resultó bien.

Me sentí muy molesta cuando en el año 1908 llegué a Yasnaia Poliana ya casada, con mi esposo. Todos eran muy cariñosos y amables con nosotros. La abuela salió a nuestro encuentro, mientras que a León Nicolaievich no lo vimos hasta el anochecer. Le dolía una pierna y estaba acostado en el sofá.

El abuelo nos sentó a su lado. Antes de preguntar algo nos dijo que en nuestras manos estaba el cuidar nuestra dicha y que debíamos mirar con gran respeto los deseos de cada uno, y sólo haciéndolo podíamos continuar llevándonos bien.

Con cada visita yo encontraba al abuelo más resignado y claramente me imaginaba que, por su alma, estaba ya separado de todas las emociones humanas y vivía completamente aparte, ensimismado, sin darse bien cuenta de la vida de nosotros todos y sin desear ver la realidad.

La vida de los viejos en la Yasnaia Poliana estaba quebrada. El abuelo era viejo, débil; los amigos que lo rodeaban no notaban la atmósfera pesada, de mentiras, hipocresías, disimulo, a la cual León Nicolaievich, por su naturaleza, no podía soportar. Sus amigos se alegraban de su deseo de irse, pero para las personas que estaban cerca de él era claro que su alejamiento sería su fin.

El 9 de noviembre (22 de noviembre) de 1910, por la mañana temprano llegué a la estación Zaseka en un tren repleto de gente. El público estaba nervioso e intranquilo; me di cuenta de que todos iban al entierro.

Al salir del tren me quedé asombrada de la tranquilidad y silencio que reinaba en torno.

El coche con el cuerpo de León Nicolaievich debía llegar unos minutos más tarde con todo un tren de parientes y amigos.

Una gran muchedumbre rodeaba los caminos y parecía entorpecida cuando se acercó el tren. La locomotora se detuvo silenciosamente y sólo el ruido de la puerta del vagón de equipaje interrumpió el solemne silencio. El sonido rodó, repitiendo su eco por el bosque y detrás de la quebrada.

Vi a la abuela que salía del tren, y se apoderó de mí un espanto tan grande ante su desgracia que me costó acercarme a ella.

Por primera vez en mi vida vi una muchedumbre de varios miles de personas unidas por el mismo pensamiento, por el mismo pesar.

Llevaron el ataúd a pulso hasta la casa y lo dejaron en la biblioteca. Mi padre salió a la terraza y dirigiéndose a la muchedumbre pidió esperar una hora para que se pudiese despedir la familia. La tía Tania no se

acercaba al ataúd; no quería ver la cara del padre muerto para conservar en su memoria su imagen viva.

Cuando empezaron a desfilar los numerosos visitantes me quedé al lado del ataúd. Se acercó a mí el doctor Demetrio Vasilievich Nikitin, que en un tiempo vivía en Yasnaia Poliana y durante muchos años cuidaba al abuelo. Se dirigió a mí con una pregunta que lo inquietaba sobremanera. Desde el momento en que se supo la muerte de León Nicolaievich, el doctor Nikitin recibió varios telegramas de Moscú, de San Petersburgo y del extranjero, en los que le ofrecían grandes sumas de dinero por el cerebro de Tolstoi. Demetrio Vasilievich sufría mucho; dijo que no podía ventilar la cuestión y ni él mismo consideraba posible la satisfacción de este pedido.

Empezó a obscurecer cuando llevaron el ataúd hasta la tumba preparada, en el bosque, cerca de la quebrada, al lugar elegido por el mismo León Nicolaievich.

El cielo parecía muy bajo, casi encima de nosotros. La muchedumbre quedó inmóvil y silenciosa, casi sin respirar, al acercarse a la tumba. Algunos de los presentes trataron de hablar, pero sus palabras eran vanas e innecesarias, y ellos mismos, al sentirlo, callaron. En seguida se oyó el solemne canto de "Memoria eterna"; empezaron a bajar el ataúd, y la tierra helada, al caer sobre la tapa, producía un ruido sordo.

La abuelita Sofía Andreevna se arrodilló ante la tumba. El sonido de la tierra poco a poco se hacía más blando; la tumba se llenaba de tierra. De nuevo todos se arrodillaron, y el canto de miles de personas entonando "Memoria eterna" resonó por encima de la fresca tumba, llevado por el viento hacia el río Voronka y la estación Zaseka.

Cuando obscureció por completo y todo el mundo empezó a irse, en el aire resonaba todavía el sonido del vigoroso canto.

Y hasta por la noche, cuando todo quedó dormido, me parecía oír, en la tranquilidad de la casa inmóvil y helada, el sonido del majestuoso canto de "Memoria eterna" que aun flotaba en el aire.

¡Cuidado con esos Hue Long!

Por Juan del CAMINO

= *Colaboración*.—Costa Rica y febrero del 36 =

El paraguayo Juan E. O'Leary hizo el elogio encendido de Hue Long. En el Senado yanqui acusó Long a la Standard Oil de ser la que tenía ardiendo el infierno del Chaco. Esa actitud es la que premia el agradecimiento paraguayo pintando a Long como un ser cuya "figura, embellecida por el martirio, se perfila con los atributos de una heroica belleza en el escenario de su magnífico sacrificio".

No visto Hue Long a través de un agradecimiento patriótico carece de esos contornos de belleza y es nada más que un vulgar dictador yanqui que convirtió el Estado de Luisiana en el feudo miserable de su dominio. Pareciera fuera de tiempo hablar del político asesinado a pesar de la guardia pretoriana que lo escoltaba hasta en sus más ligeros movimientos. Pero la época es de exaltación de esas figuras sin otro relieve que la dureza de alma innata que las hace apetecibles a los trasnochados. Hue Long no tiene nada de ejemplar para nuestros pueblos. Al contrario. De encontrar admiradores tan apasionados como el paraguayo O'Leary tendríamos pronto el tipo de gobernante que el imperialismo del Departamento de Estado quiere para sus factorías hispanoamericanas. No es bueno Long para los Estados Unidos, pero los Estados Unidos imperialistas no nos dan sus propios modelos. Esa clase de individuos son exterminados allá. Sin embargo, sirven para que hagan gobierno por acá. Hue Long para ascender a amo de Luisiana hizo la demagogia que hacen todos los tiranuelos en sus comienzos. Con los impuestos recaudados llenó de carreteras su feudo. Y aureolado así continuó apoderándose de todos los hilos del Poder hasta que los tuvo apuñados férreamente. Nada se movía en Luisiana sin la voluntad del dictador Long. Los sucesos son muy conocidos, pero sí se narran para relacionarlos con la vida política de nuestros pueblos tienen un sentido inmenso de utilidad. Long pudo, haciéndose pasar por hombre de capacidades organizadoras y progresistas, poner bajo sus plantas la vida entera del Estado de Luisiana. Y significó esa conquista política la tiranía más descarada e infame. Ser enemigo de Long era exponerse a los atropellos que una maquinaria perfectamente bien calculada para suprimir al rival perseguía por cielo y tierra. Organizó milicias para perseguir y con ellas dió caza al enemigo. En el Senado yanqui acusó a la Standard Oil por ser la instigadora de la guerra del Chaco. La enemistad de Long con esa compañía petrolera fué la que según O'Leary acabó con su figura embellecida. No lo creemos así. Cuando hacía demagogia impuso Long fuertes impuestos a las refinerías de esa compañía. No pasó de allí su lucha y estuvo limitada al feudo de Long. Si de senador llevó su voz condenatoria contra la Compañía que instigó a Bolivia en una de las luchas más infecundas y monstruosas, no fué nunca la acusación de magnitud capaz para comprometer definitivamente el reconocimiento de ningún pueblo de América. No tuvo alcances continentales y Long lo que se propuso fué ganar estatura política dentro de los Estados Unidos.

No debemos mirar en ese personaje muerto por los mismos tremendos odios que despertó su régimen tiránico nada extraordinario que nos obligue a la admiración. En la tragedia que acabó con él sí hay lección aprovechable. Porque Long parecía invulnerable. Para convertir en feudo al Estado de Luisiana necesitó atropellar la dignidad de la gente. Hacía carreteras y construía edificios y repartía libros de texto en escuelas y colegios con los impuestos recaudados. Pero esas actividades aparatosas eran para justificar su satrapía. Se protegía en todas las formas y una guardia particular armada con todos los medios modernos de destrucción lo seguía por todas partes. La noche en que pereció en uno de los pasillos del Parlamento de Luisiana estaban con él los fieros y desalmados tiradores que seguían sus pasos con el arma lista para disparar contra el que osara hacer el menor movimiento amenazante. Era invulnerable Hue Long.

Mas un hombre modesto sin ser como los carabineros de la guardia de Long disparó su revólver y lo mató. No lo salvaron todas las precauciones tomadas por sus seguidores. Y esto es aleccionador porque no hay poderío de hombre convertido en tirano que no acabe sin honor para el tirano y sin honra para la canalla que lo alentó y lo sostuvo. Long es un ejemplo.

Un ejemplo para estos pueblos tan acechados por el tipo de tirano representado precisamente por esas figuras sin ninguna nobleza, ni la del alma, ni la del espíritu, ni la de la inteligencia, que exaltan hombres sin varonilidad ni visión para tratar los negocios de las naciones. Los exaltan para darles mando, o una vez que han llegado a coger mando. Pero lo realmente funesto es exaltarlos cuando se les ve en empresas de fomento. Si el fomento es lo secundario. La carretera y el edificio cuando se construyen sin el ánimo de levantar el alma de un pueblo no son sino la obra muerta que acaba con la libertad. Todos los tiranos han hecho lo mismo. Gómez muere después de treinta años de mando con un programa de fomento grande. ¿Y qué deja Gómez redimido en la barbarie venezolana? Caminos y caminos para conducir a un pueblo estacionado. Es claro que el caso de Long es diferente, pues no convirtió en feudo a una nación sino a un Estado. Mas lo que queremos presentar de común entre Long y las figuras de por acá, es la sombría estructura del alma. A Long no podemos prodigarle elogios pues en un medio de mayor civilización cometió iguales atropellos que los que cometen nuestros sátrapas.

El paraguayo puede agradecerle que maldijera públicamente y desde su pupitre de senador la intervención satánica de la Standard Oil en la guerra del Chaco. Pero, repetimos, no fué la actitud de Long de trascendencia continental. Ni siquiera fué decisiva en el sentido de obligar al Senado yanqui a ponerle freno mular a la rapaz compañía. A Long, como a todos los yanquis imperialistas, los atrae el combate contra las organizaciones de la plutocracia mientras ese combate tenga que librarse para quitarles poderes dentro de los mismos Estados Unidos. Para obligar a la Standard Oil a que tribute más allá no hay medios vedados. Se promueven investigaciones y se dan leyes severas. Sin embargo, cuando la lucha hay que empeñarla para quitar a esas organizaciones fuerza e influencias en estos países cogidos por la imperialización yanqui, no hay Long capaz de servirnos leal y desinteresadamente. Para ellos somos la factoría que da rendimientos. Entusiasmarse al grado que lo hace el paraguayo llamando a Long "figura embellecida por el martirio" es sencillamente volvernos sordos y ciegos para la comprensión de una realidad que está pintándonos la conquista imperialista clara y horrorosamente. Mentira que la Standard Oil por las acusaciones de Long cesó en su explotación en Bolivia. Ni Long tenía el ánimo dispuesto a librar una batalla para sacarla de esa nación y acabar con la guerra en contra del Paraguay. Se encontró ese filón político y lo explotó para crecer. La simpleza nuestra es querer dar a las acusaciones del político yanqui valor continental cuando las hace con la voz dirigida hacia estos pueblos. A ninguno el importa estos pueblos sino cuando son factorías. Y la factoría la hacen las organizaciones de la plutocracia. La Standard Oil da al imperialismo yanqui un sostén inmenso. ¿Vamos

a pensar que hay empeño en romperlo por hacer creer al paraguayo que esa compañía petrolera es rapaz y está azuzando la barbarie boliviana para dañarlo? Para el imperialismo yanqui todas las compañías echadas sobre la América nuestra tienen grandeza y son dignas de que se las ampare y se las proteja en dondequiera que planten su estaca de dominio.

Esa es la realidad y agotar el superlativo cuando es asesinado un dictadorcillo que nada estaba haciendo en contra del único mal que devora a estos pueblos, el mal del imperialismo yanqui, es hacer el juego al Departamento de Estado. Somos en la terminología imperialista nada más que factorías. Y la factoría crece y da mayores rendimientos cuando individuos con el alma sombría como Hue Long se apoderan del mando en nuestros pueblos y tiranizan y lanzan un programa de construcciones aparatosas. Y Hue Long murió para lección de estos mismos pueblos cuando su poder parecía invulnerable. Murió a despecho de los amaestrados tiradores que lo seguían por todas partes. Y es que los pueblos no pueden ser engañados perpetuamente. La carretera, el edificio tienen valor permanente y constructivo cuando no matan la libertad. Porque cuando son tan sólo el medio de atrapar el gobierno para tiranizar, el pueblo lo comprende y un día mata. El modesto médico que mata de un tiro de revólver a Hue Long en los propios pasillos del Parlamento de Luisiana es como el brazo que un pueblo tiranizado extiende cuando ya no soporta la maldad y resuelve quitársela de encima. Así vemos el caso de Hue Long. Pero no damos el entusiasmo que da el paraguayo. No podemos dar ese entusiasmo cuando es un tirano el que está por delante. Para la América nuestra hay que desear no el tipo representado por Hue Long, que es el que abunda en acecho del mundo, sino el del civilizador con nobleza de alma, con nobleza de espíritu, con nobleza de inteligencia.

Tablero
(1936)

ESTACION RADIOEMISORA "CULTURA".—Apartado Nº 568.—San José, Costa Rica, C. A.—10 de enero de 1936.

—Señor: Hoy ha sido inaugurada por el Sr. Ministro de Educación Pública esta radioemisora, que se dedicará únicamente a labores culturales y a procurar una más estrecha vinculación con las repúblicas latino americanas por medio del radio, sin propósito de lucro alguno. Se halla dirigida por un grupo de personas representativas de la Cultura. Trabajará diariamente, de las 6 p. m. en adelante, en onda corta, en una frecuencia de 5.225 kilociclos.

Agradeceremos cordialmente anunciar la existencia de esta radioemisora, a fin de ayudarle a realizar con mayor amplitud sus propósitos de cultura y confraternidad internacional. De Ud. attos. y Ss. Ss., Radioemisora **"Cultura"**.

Solicite el **Repertorio** a la **LIBRAIRIE ESPAGNOLE.**—10, rue Gay-Lussac, 10.—Paris Ve.

DOS JUICIOS SOBRE "EL NUEVO ACENTO", por José G. Antuña.

He leído su libro con el interés fácil de imaginar en quien se ha preocupado por los mismos asuntos.

Muchos motivos de complacencia encuentro en su texto. Está escrito con brillo y amenidad; analiza y valoriza las mejores autoridades en materia y aporta Ud. un sinnúmero de puntos de vista nuevos y un desarrollo nutrido.

Estoy seguro de que su libro tendrá un gran éxito. Se lo augura, quien como yo he seguido con vivo interés su pensamiento a través de publicaciones de Europa y América.—**José Vancelos.**

En este libro culmina el noble esfuerzo de José G. Antuña y se afirma su clara vocación. Llega "El Nuevo Acento" en el que su talento, en plena madurez, estudia problemas que interesan en alto grado. Todo lo anterior, críticas, actitud tribunicia, larga preparación científica, conducía al autor a esta visión de América, vasta y justa, generosa e inquieta. A veces como conmilitón de un maestro, de Ricardo Rojas, en tareas comunes; en todo el volumen, de manera original y penetrante, examina los problemas de América, la lengua y el espíritu, la misión de estas democracias mozas, la conciliación en ellas de lo nacional y de lo continental. Esclarece, define, compara, con mente lúcida. En estos años turbios y grises, está destinado, a oponer, no sólo en su patria sino también en América, baluartes de cultura a la acción turbativa de la pasión y de la quimera. **—F. García Calderón.**

MENSAJE A ESPAÑA

= De *Hechos*. Rep. Argentina =

¡Dichosa mi voz que ahora vuela por el aire de España, y quién fuera la voz! Pero yo no soy mi voz, aunque esté todo en ella. ¡Qué misterio, señores! Mi voz circula libre allá lejos, y yo estoy aquí encerrado en mí mismo. Y soy allá el mensaje, y aquí el mensajero. ¡Ay!, maestro excelso Unamuno! ¡Y cuánto quisiera hablar con vos de estas cosas como en inolvidables horas! Pero que se aclare o que no, el arcano del mensajero y del mensaje, sea dicho bien claro otra vez que en esta mi voz viajera va toda mi alma. Entre el debido amor a España y mi corazón no hubo nunca niebla alguna. Yo soy aquel mismo enamorado que puso por epígrafe en un libro suyo — **Babel y el Castellano,** galardonado en Madrid — lo que ahora escucharéis: **Un orgullo ha dictado este libro argentino: el de hablar castellano. Y una cosa querría patrióticamente el autor: comunicar este orgullo a toda la gente que lo habla.** Y aquel mismo soy que escribió estos versos en la adolescencia incapaz de mentira:

El puro amor que por mi patria siento contigo solo lo comparto, España.

. . . .

Abundosa es espíritus idénticamente abiertos y hermosos cruzó España el océano y vino a América. ¿A qué vino? Hay enigmas que sólo a los muchos siglos se descifran. Hoy sabemos a qué vino. Vino a salvar a la humanidad occidental que se sofocaba en Europa; vino paar que un día se pudiera decir: América es el nombre de la esperanza humana.

. . . .

¡Si hay algunas gentes en el mundo que estén realizando una experiencia nueva y hermosa, somos nosotros, los hombres de la vasta Hispanoamérica, en una plenitud de libertad imperial que exige volverse magnífica: Ya dirán los siglos qué valió más: si la experiencia británica o si la nuestra. Si el juego de las libres individualidades solidarias o la subordinación a una cerrada disciplina.

. . . .

Los que descendemos de aquellos héroes que realizaron la unidad de la tierra, estamos obligados, para todos los tiempos, a una actitud particular ante la vida. Y es la de una confianza en nosotros y en los caminos providenciales. Moisés, luego que hubo visto la faz de Jehová, no pudo ya nunca—refiere la tradición— asemejarse a los los que no la vieron. Su voz ya era otra, otros sus ojos, otra su alma. Porque él había visto la faz de Jehová. Por modo análogo, gentes que abrieron las puertas de una nueva edad fueron como los ministros y mandaderos de la Provincia, harto se asemejan a Moisés. Y son otros los ojos, otra la voz, otra el alma. Sabemos quiénes somos y para qué servimos.—**Arturo Capdevila.**

SOCIEDAD BOLIVARIANA DE COSTA RICA.—Acuerdo.—El Comité Directivo de la Sociedad Bolivariana de Costa Rica hace saber:

1.—Que por cuanto algunas de las Sociedades Bolivarianas, muy especialmente las de Colombia y Panamá, degeneraron en centros de propaganda del despotismo entronizado en Venezuela;

2.—Que la Sociedad Bolivariana de Costa Rica fué fundada y protocolizada con el exclusivo propósito de propender a la exaltación de las glorias de Bolívar y en manera alguna a emular el rumbo de la que en Colombia fundara Andrés Eloy de la Rosa, siervo del despotismo venezolano;

3.—Que es por todo extremo extraño al nombre del Libertador la tarea de exaltación que ha sido hecha por parte de esas sociedades al régimen imperante en Venezuela y a los que le sirvieron de columna y sostén,

Acuerda: No mantener relaciones con las Sociedades Bolivarianas de Colombia y Panamá ni con las que bajo esa misma denominación mantengan relaciones con ellas.

San José, Costa Rica, 18 de enero de 1936.—fdo. **J. C. Sotillo Picornell,** Apoderado General. — **Enrique Echeverría M.,** Secretario.

AMERICA ESPAÑOLA.—La revista que encarna los grandes ideales de Hispanoamérica.—Director: G. Porras Troconis.—Colaboran en ella los más famosos publicistas de Europa y América. Cuadernos mensuales de 96 páginas, a dos columnas. Nutrida información bibliográfica.

Precios de Suscripción: en Colombia, $ 4.00 oro colombiano. España y países Hispanoamericanos, $ 4.00 oro americano.

De venta en las principales librerías del mundo.— Dirección y Administración: Calle de Santo Domingo, Nº 39. Cartagena, Colombia.

La carretera inter-americana y sus peligros

Por VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

= De *El Universal*. México, D. F. Febrero 20 de 1935. Envío de *R. H. V.* =



Los decadentes

Madera de *Emilia Prieto*

Pretendiendo evitar suspicacias entre los pueblos del Continente, los autores de la idea de la Carretera Pan-Americana—de los Estados Unidos a la Argentina—, han decidido cambiar de nombre al camino y fraccionar el esfuerzo que esta enorme ruta supone. Se llamará Carretera Inter-Americana y se limitará a unir a México con Panamá. Así planteado el caso, los ingenuos negociantes de la vía creen que desaparecerá la mala voluntad que el solo anuncio de la carretera despertó en las naciones iberoamericanas, ya que suponen que éstas habrán de recibir con entusiasmo un vínculo de comunicación material entre gentes de la misma raza, por el hecho de no mencionar a los Estados Unidos en el proyecto. El cambio de táctica, empero, ha resultado peor para los fines que la carretera persigue, pues ha venido a comprobar de un modo evidente el propósito imperialista de la nueva ruta.

La Carretera Pan Americana parecía ser un camino de carácter comercial y cultural entre todos los pueblos del Nuevo Mundo que, a despecho de sus diferencias económicas, sociales y lingüísticas, tienen algo de común que defender frente a las naciones anquilosadas de Europa. Unir al Canadá con la Argentina era, pues, un vasto proyecto de beneficios indudables que podrían compensar el mal uso que, en determinado momento, pudieran hacer los Estados Unidos de la carretera internacional. Por eso el proyecto tuvo enemigos y partidarios sinceros. Los observadores de los problemas políticos sabíamos, no obstante, que en el fondo de la Carretera Pan-Americana se ocultaba la necesidad inaplazable por parte de la poderosa nación vecina nuestra, de proteger el Canal de Panamá en el caso de un conflicto armado. El tiempo nos ha dado la razón.

En teoría todos los caminos son buenos; nadie puede negar el provecho que los pueblos reciben con las comunicaciones rápidas y fáciles. Pero las teorías tienen que aplicarse siempre sobre entidades que viven de acuerdo con características propias, que deben tenerse en cuenta para evitar inclusive perjuicios de las teorías puras que no se ajustan a las necesidades reales de un país. En el caso de México cabe preguntar: ¿es más útil una carretera a Panamá que un camino a Tabasco, Campeche y Yucatán? La respuesta es obvia: el Sureste de nuestro territorio es una región substraída en gran parte a la economía nacional y, por tanto, a las costumbres y al núcleo civilizado de la República. Mientras las comunicaciones con el Sureste no sean verdaderamente populares, al alcance del pueblo, esa región seguirá siendo para la gran masa de los habitantes de México una isla. Otras zonas están en condiciones semejantes: casi toda la costa de Oaxaca y de Guerrero, Sinaloa y Durango, Sonora y Chihuahua, la costa y el norte de Tamaulipas, por no citar sino los lugares típicos por la incomunicación en que viven. Mientras México no complete su red de caminos, base indispensable para cualquier plan de fomento y de organización de su economía, resulta superfluo pensar en construír caminos internacionales. Y si esto se dice de México que, dados sus recursos, se halla en situación excelente comparado con los países de Centro América, ¿qué no podrá afirmarse de éstos cuyos problemas fundamentales hace siglos reclaman inútilmente la atención de sus gobiernos? El problema económico y social de la masa indígena de Guatemala está antes, sin duda, que la ruta a Panamá. El problema agrario de El Salvador es más importante que la carretera al Canal. El problema de la liberación de la zona bananera de Honduras es más interesante que el camino asfaltado hasta Colón. El problema de la conciencia cívica de su pueblo es más grave para Nicaragua que la carretera. El problema de la organización económica de su monocultivo es más serio para Costa Rica que el de comunicarse rápidamente con la ciudad de Panamá, teniendo ya dos magníficos puertos en los dos océanos.

Si la Carretera Inter-Americana fuera el resultado natural de la unión de los caminos nacionales de cada país, no habría objeción ninguna que hacer a la vía internacional. Esto significaría que habiéndose satisfecho las necesidades internas, el mismo desarrollo del proceso económico en cada pueblo lleva a todos al enlace espontáneo y útil. Pero querer comenzar por el fin demuestra que es otro el propósito que se persigue, aun cuando se intente ocultarlo.

El Presidente Roosevelt, en uno de sus últimos informes al Congreso de su país, del año próximo pasado, declaró que se había aprobado una cantidad de dinero para los gastos de exploración y de estudio de la Carretera Pan-Americana, pues los Estados Unidos tenían necesidad de que esa vía quedara terminada cuanto antes. En el Senado también se ha dicho, sin ambages, que es menester contar con un camino que conduzca rápidamente las tropas norteamericanas hasta el Canal y que complete la misión de las escuadras. La campaña intensa que los diarios de Panamá desarrollan en estos momentos en favor de la Carretera Inter-Americana, a la que llaman "La Vía a la Prosperidad", nos indica que, en el programa militar de los Estados Unidos hay ya un plazo señalado para hacer el camino. Y, por último, la convocatoria hecha por el Gobierno de El Salvador para reunir en el mes de marzo próximo a los representantes de los países afectados o interesados en la ruta, con la publicación del plan para llevarla a cabo, conduce a la convicción clara y rotunda del programa imperialista iniciado hace años, en su último aspecto, por el Presidente Teodoro Roosevelt.

Consiste el plan para construír la carretera, en cargar su costo a los que la usen. Un camino hecho por contribución o peaje de quienes lo utilicen, y administrado por un comité integrado por representantes de los siete países interesados, sin lucro para ninguno de ellos y sin otra mira que la de establecer un servicio internacional, para beneficio común de todos y p[illegible]tección de todos también. Una corporación se encargaría de las obras, bajo la vigilancia de los representantes de los siete países, con facultad de expedir bonos cuya garantía sería el mismo derecho de peaje. Los fabricantes de automóviles, de llantas y de accesorios, y los productores de petróleo de los Estados Unidos, apoyarían con entusiasmo este plan financiero, y el Gobierno de esta nación prestaría, a su vez, cualquier cooperación que fuera necesaria.

Es fácil suponer, si este plan triunfa, que los bonos o los compran los banqueros de los Estados Unidos, o dan el dinero en forma de empréstitos a los países de Centro América, para que sus respectivos gobiernos posean esos títulos de crédito, pues ninguna de estas naciones tiene recursos para una empresa semejante. Este peligro no requiere comentarios.

Por otra parte, ¿cuál será, en lo futuro, la conducta de los Estados Unidos, respecto de los capitales invertidos por sus nacionales en la región del Caribe? ¿Seguirán disfrutando del derecho de extraterritorialidad? ¿Se comprometería el Gobierno de la Casa Blanca a

no intervenir nunca, ni física ni moralmente, a título de protección de los intereses de sus ciudadanos en la América Central? ¿Aceptaría el principio de que los ciudadanos norteamericanos no pueden esperar de los gobiernos latinoamericanos otro apoyo que el que éstos puedan prestar a sus propios nacionales, en cualesquiera circunstancias?

Los pueblos situados entre el Río Bravo y el Canal de Panamá deben meditar en este problema. Hacer un camino para que el ejército de los Estados Unidos pueda proteger el Canal en uso, construír una base naval en el Golfo de Fonseca y proteger su derecho exclusivo a abrir el Canal de Nicaragua, no es una gran perspectiva para sus intereses nacionales.

Para dormir el niño

= *Colaboración*. Madera del autor. Costa Rica y enero del 36. =

Se murieron las flores,
como todo se muere;
me las puso tan frescas,
de brillantes colores.

Se murieron las flores,
y la mano aún es joven:
la que puso las flores.
Ya las flores no dan sus olores.

Me pondrás nuevas flores
porque quiero estrenar pensamiento.
No es broma, no es cuento,
se murieron las flores.

Y flores, y flores, y flores.
¡Tan frescas las flores!
¡Cómo mueren las flores!
¡Cómo viven, Señor, mis dolores!

Max Jiménez



Recelos de estirpe

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá =

El inglés divide la tierra en dos porciones desiguales. La más pequeña y más importante se llama Gran Bretaña. De la otra habla con aire mezclado de protección y superioridad bajo el nombre de "abroad" o sea lo que queda afuera. Cuando por razones de mal tiempo el Canal de la Mancha se hace intrasitable y se suspenden las comunicaciones marítimas con Francia, Bélgica y Holanda, los ingleses dicen que el continente ha quedado aislado. Pero ellos nunca se sienten ni se creen aislados. Parece como si no supieran que aislado (y la palabra inglesa correspondiente) viene de "isla".

Para el inglés el género humano está dividido también en dos grandes porciones. La una está formada por los ingleses entre los cuales se suele contar a los escoceces por un sentimiento de generosidad y la otra por los "natives". Aunque la palabra "native" quiere decir nativo o natural, los ingleses no la usan sino para los nacidos fuera de Inglaterra y Escocia. El inglés no es nativo de Inglaterra sino simplemente inglés. Contaba Mr. Diosy, cónsul británico en Osaka, el caso de un turista inglés que le suplicaba lo llevase a visitar las fortificaciones de esa gran ciudad japonesa. "Allá, dijo el cónsul, no podemos acercarnos y menos llevando al cuello estas máquinas fotográficas, porque nosotros somos extranjeros". "¿Extranjeros?, dijo el recomendado, tal vez usted sea extranjero, yo soy inglés".

El extanjero radicado en Inglaterra o de paso en ese país, no sentía nunca, antes de 1914, su carácter de forastero. El inglés de aquellas épocas, hombre eminentemente culto, sabía disfrazar con maneras de gran distinción sus sentimientos de superioridad sobre el resto del linaje humano. Pero con la prueba feroz de la guerra mundial y con las amargas consecuencias de la paz, económicas y de otro género, el carácter inglés experimentó una sacudida violenta y no poco dolorosa. La guerra le convenció experimentalmente de que Inglaterra no era dueña, como lo había creído siempre, de la suerte del mundo. Al acabar las hostilidades el inglés se dió cuenta de que habían surgido, con el aniquilamiento de Alemania, dos o tres poderes contra los cuales no podía probarse el sistema de las viejas alianzas, para eliminarlos. Crecía el Japón en el lejano oriente, había probado en Occidente una república de origen sajón lo ilimitado de sus recursos y su capacidad para ejercer el trabajo, sin contar con que en la misma Europa había nacido, hacia el norte y hacia el oriente, una entidad política nueva, con ideales y tendencias contrarias en un todo a los principios sobre los cuales se creían fuertemente organizados los estados modernos.

De aquí nació el peligroso nacionalismo llamado a extenderse en todos los países de Europa y América. De aquí provinieron las dificultades creadas en la civilización del momento para el paso de unos países a otros. El obrero que solía buscar en los mercados mundiales la manera de vender lo único que podía ofrecer para procurarse el sustento, su habilidad ò sencillamente su triunfo, se vio privado de esa oportunidad y tuvo que desafiar la miseria en su propio suelo. Importa observar que el sistema de ponerle trabas a la oferta de trabajo extranjero en los mercados de un país determinado no ha tenido por consecuencia favorecer a los obreros del país que cierra sus fronteras. Al revés, esa falta de cambio de brazos, mermando por todas partes el consumo, influyó naturalmente sobre el cambio de productos, base del comercio y origen de la prosperidad y riqueza de las naciones. La desocupación dura en todas partes y tiende a convertirse en profesión remunerativa como la miseria y algunos vicios.

En este momento corre la voz entre algunos extranjeros cultos, residentes en Colombia, de que empieza a desarrollarse en este país una prevención injustificada y peligrosa contra los naturales de otras comarcas, llegados aquí en busca de trabajo o sencillamente para visitarnos. Es posible que exista ese sentimiento, aunque es preciso admitir que entre nosotros no han ocurrido como en otras naciones de más vieja cultura, manifestaciones públicas de xenofobia. Semejante estado de espíritu, queremos decir el odio al extranjero, es enteramente contrario a la índole de los pueblos americanos. Es penoso decirlo, pero la prevención contra el sujeto que viene de otras razas y ha nacido en otras latitudes es un distintivo del carácter europeo. Desde que Europa existe como entidad natural, diferente de Asia y de Africa, es decir desde los albores de la edad media, su historia política, social y comercial, es el recuento de las luchas de unos pueblos contra otros, de donde nació por deducción rigurosa la exclusión del extranjero y el odio a las gentes venidas de otras comarcas.

La historia de América es el registro puntual de las reacciones contra aquel sentimiento. Mientras el continente fué sojuzgado política y económicamente por dos o tres potencias europeas, la exclusión del extranjero formó parte de los principios de gobierno en todo el continente. Obtenida la independencia fué preocupación unánime de todos los nuevos gobiernos abrir estas comarcas a las inmigración y al comercio de todo el mundo. Millones de europeos vinieron a poblar estas comarcas favorecidos por leyes generosas y por el ánimo vivamente hospitalario de todos sus habitantes.

Si tal espíritu de acogimiento y de buena voluntad estuviere para amenguarse o para desaparecer no hay que culpar de ello a los habitantes de esta parte del mundo. La xenofobia es un modo de sentir histórica y desgraciadamente europeo, que arranca como hemos visto de la creencia en la superioridad de unas razas sobre otras, y si hoy empieza a hacerse visible entre nosotros, cosa que negamos y deploraríamos si tuviera existencia real, no puede nacer de otro origen sino del contagio de los sentimientos europeos, traídos a América por el telégrafo al través de los mares y por las gentes de aquella procedencia.

El homenaje de los intelectuales jóvenes de Colombia al Maestro B. Sanín Cano, al cumplir éste los 75 años

= Ocurrió, el homenaje, el lunes 25 de setiembre de 1936. Tomado de *El Tiempo*. Bogotá =

Ayer se efectuó el homenaje que los intelectuales jóvenes de Colombia rindieron, en el Country Club, a su maestro Baldomero Sanín Cano. El acto tuvo en su sencillez, placentera y cordial, el significado profundo de una merecida apoteósis, sin que detalles convencionales empañaran la espontaneidad. En ninguna personalidad como en la del Maestro Sanín Cano convergen, con unanimidad más absoluta, el respeto, el cariño y la gratitud de los escritores y artistas jóvenes de este país; en ninguna, tampoco, han encontrado ejemplo más acabado de disciplinado y constante amor a la inteligencia, a cuya servidumbre desvelada ha entregado el maestro los tres cuartos de siglo cuyo cumplimiento celebraban ayer sus amigos y discípulos.

Buscaba el padre de Tristam Snandy, en el libro de Sterne, quien reuniera para maestro las cualidades que ahora, maquinalmente, nos vuelven a la memoria al pensar en Sanín Cano: "Lo quiero,—decía—animoso, decidor, jovial: al mismo tiempo, prudente, atento a su tarea, vigilante, agudo, perspicaz, inventivo, rápido en resolver las dudas del discípulo; será cuerdo, juicioso, instruído: ¿y por qué no humilde, y moderado, y de buen carácter, y bueno?" A confirmar en el Maestro estas virtudes, conocidas de siempre en él, asistieron ayer al Country Club los señores Darío Echandía, Plinio Mendoza Neira, Eduardo Santos, Alberto Lleras, Abel Botero, Jorge Zalamea, José Umaña Bernal, Gilberto Owen, León de Greiff, Ramón Barba, Gerardo Molina, Jorge Bejarano, Hernando Téllez, Eduardo Zalamea, Enrique Restrepo, Carlos Uribe Prada, Carlos Torres Durán, Luis Tamayo, Víctor Andrés Belaúnde, Abel Cruz Santos, Diego Mejía, Abelardo Forero Benavides, Diego Luis Córdoba, Juan Lozano y Lozano, Germán Arciniegas, José María Baldoví, Ignacio Gómez Jaramillo, Marco Naranjo López, Luis Alberto Sarmiento, Armando Solano, Darío Samper, Enrique Uribe White, Carlos Martínez, Joaquín Tamayo y otros.

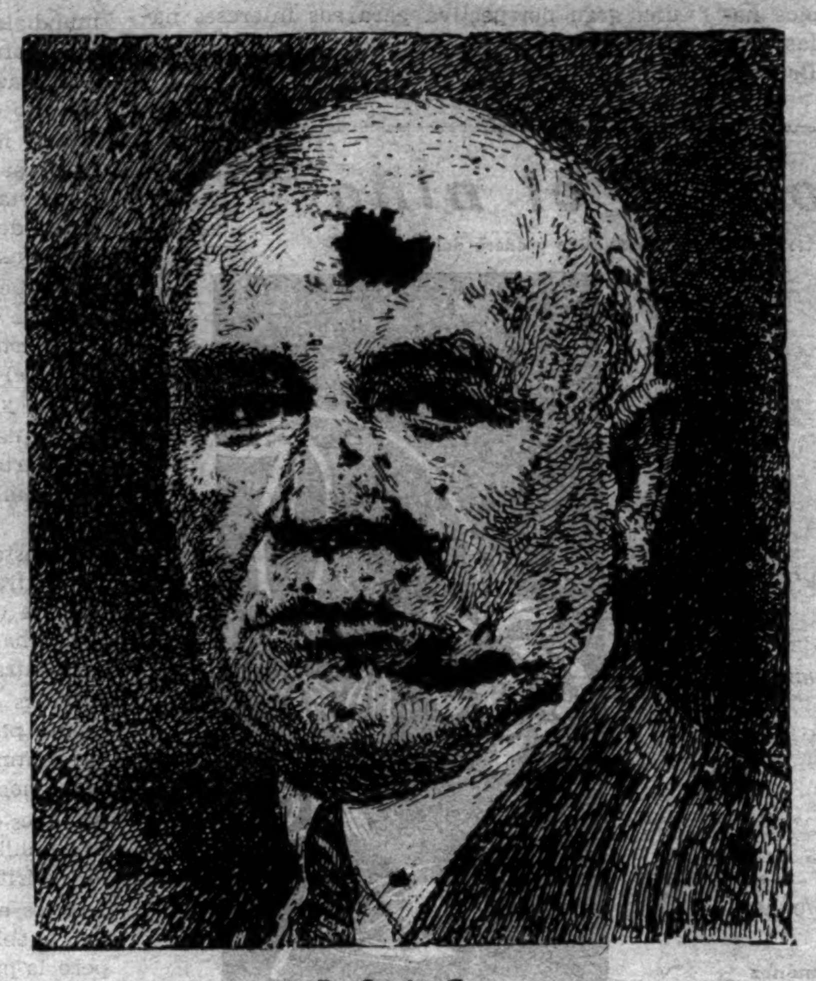
Al ofrecer el homenaje a Sanín Cano, dijo ayer José Umaña Bernal:

"Estamos aquí, maestro Sanín Cano, para rodear en un círculo de cariño y de respeto un nuevo aniversario en esa vida suya, tan rica de disciplinas ejemplares y de tan noble constancia en la ascensión espiritual.

"Y pocas palabras bastan para exteriorizar ahora lo que desde hace tiempo abunda en el corazón. Para nosotros es usted, por excelencia, el Maestro, el guía, el director intelectual. Maestro por ese ejemplario de fidelidad a todos los compromisos del espíritu que usted ha erigido en norma y virtud de su vida de escritor; Maestro por la perseverante influencia de su nombre, hecha de comprensión gratísima, de juvenil curiosidad y hasta de suave y optimista humorismo; Maestro por su orgullo amable y severo, y por su tranquila discreción, tan distantes de la vanidad precavida y del apostolado melindroso; y Maestro, y guía, y director, por ese sentido de las importancias relativas, tan seguro y firme en usted, y por el don de plenitud, en el pensar y en el sentir que alegra el panorama armonioso de sus 75 años.

"Estas excelencias espirituales hacen que su nombre nos aune en torno suyo en una sola intención emocionada de cariño, de respeto y de adhesión intelectual.

"Por usted, Maestro, y por la larga y serena prolongación de una vida, que es orgullo de América y estímulo y devoción de sus amigos."



B. Sanín Cano (Visto por *Delucchi*. 1926)

Homenaje a Sanín Cano, maestro de juventudes

Por *Guillermo Manrique Terán*

Un elevado profesor de biología contemporánea, complicado de sociólogo y hombre de letras mundanas, hubo de cautivar en época no distante la apasionada devoción de sus lectores con esta proposición, de extraña novedad sintética: la juventud perpetua en el hombre es corolario de su propia capacidad imaginativa. El fundamento científico de tal aserto obedece, según el expositor, a normas y premisas singularmente complejas sobre la personalidad en acción del pensamiento y a ciertas reservas fisiológicas de importancia circuntancial que contribuyen a hacer del proceso juvenil un perenne "devenir", sin las precarias y atormentadas contingencias de la estéril senectud. De esa suerte la atroz pesadumbre humana ante el envejecer sin alivio ni esperanza —y cuya tradición arranca desde la alquimia diabólica del doctor Fausto, en la mitomanía medioeval, hasta la búsqueda ansiosa de aquella fuente de Juvencio que hiciera el ensueño delirante del buen Ponce de León, por campos de la Florida— adquiere una fórmula de solución simplificada y realista según la tesis, tan discutible como airosa, del profesor que comentamos. Queremos creer que el vocablo "imaginación" utilizado por aquél es sinónimo de comprensión intelectual, de eminente disposición constitutiva para la hospitalaria adopción de las más varias manifestaciones del espíritu y no tan sólo a que ese atributo febricitante de la mente que al deformar, con femenina y aturdida complacencia, los valores de la realidad moral, amengua el sentido proporcionado de la vida y sus elementos de profundidad cerebral. Bajo este aspecto, a ciertos hombres cuyo sistema de ideas y de sentimientos parece gobernado por un precepto de disciplina razonadora, les es debido tal privilegio de indeficiente armonía y correspondencia con el medio orgánico de cuyas esencias vitales derivan un principio de remozamiento integral, de euforia psicopática, a la manera que ciertas especies animales prosperan en zona adecuada a su cabal desarrollo metabólico.

Esta disquisición, ligeramente pedantesca debido a la naturaleza misma de la breve interpretación que intentamos, se propone el señalar nuestro ambiente científico, artístico y literario como uno de los más impropicios al buen suceso de prolongación creadora y moceril, que en otros lugares del universo nos maravilla y desconcierta. Nuestro ciclo espiritual se ha cumplido siempre en un lapso estricto de la existencia individual, con apremiantes veleidades de "diletantismo" y precipitud esporádica, hasta la claudicación parcial o el mortal desfallecimiento, sin que la trepidación inicial de la función intelectiva se conserve incólume, con isocronismo pujante y original, a través de la efímera experiencia de los días vividos. En deplorable contradicción con la inmutabilidad fecunda de las formas exteriores que en nuestro clima parecen desafiar todo signo de consumación transitoria, nuestro paisaje interior sufre una implacable alternativa declinante y el tránsito estacionario cúmplese trágicamente, desde la primaveral ardentía germinal y la placidez decadente del otoño, hasta la fúnebre y desolada esterilidad invernal.

Como excéntrica confirmación del concepto enantes enunciado sobre supervivencia del numen en conspiración con fuerzas de inextinta vitalidad en algunos hom-

bres de ideas, el caso de Baldomero Sanín Cano se nos ofrece en momentos sugestivos, cuando un grupo de sus admiradores cuyos arrestos de juventud fluctúan entre la semipubertad tumultuosa y la madurez reflexiva, se congrega en torno suyo para aclamar a las altas nieves de los quince lustros. Tiene un amable significado cordial este homenaje, que no entraña caracteres de apoteosis convencional ni de responso académico, sobre la protocolizada aridez de una vida pensadora, en camino de fatal desintegración, y constituye mejor un simbólico tributo de acatamiento a la obra tesoneramente "actual" de un escritor que aparenta cultivar cierta discreta coquetería de "contemporáneo" en el comentario periódico a los seres y a las cosas de su tiempo. Sanín Cano ha traído, en su fresca longevidad, una fruición de entereza mental a ciertas capillas juveniles que hasta ayer no más han hecho del factor cronológico el más grave apóstrofe y feroz agravio contra sus antecesores de todos los pelajes y ha operado en ellas sin ambicionarlo y acaso sin suponerlo, una labor de purificación contrita, en el auténtico sentido de "magister", por el sólo valor comunicativo de sus ideas, exentas de vanidad didáctica, de acritud autoritaria y estrechez catedrática. Esa misma naturalidad de movimientos que distingue su actitud mental frente al panorama del mundo ha cumplido su mensaje de seducción sobre algunas unidades apellidadas a sí mismas "rebeldes", mas cuya indudable facultad de iniciativa literaria y de frenesí, un tanto caótico, de su vocación espiritual, solicitaban la presencia del conductor afortunado, cuya liberal agilidad de temperamento crítico pudiese tornarlo estimable — quizá bien querido — ante la díscola autonomía de los menores, a la inversa de aquel adusto disociador de temas severos que se llamó Brunetiére.

Resulta así por extremo interesante el ascendiente moral de Sanín Cano sobre el nihilismo explicablemente egolátrico de algunos jóvenes intelectuales cuyo estilo tactea con impaciente fiereza por los senderos idiomáticos—desde el **qué** galicado hasta el **qué** de Galicia—en demanda de orientaciones que tan sólo el sereno autor de la "Meditación sobre el olvido" puede otorgarles, con generosidad ingénita. La técnica discursiva del maestro Sanín es tan personal y sencilla que sólo un dilatado comercio con los escritores de pura raigambre inglesa, como Shaw—graciosa combinación de humorismo sincopado y penetrante paradoja impersonal— ha podido aquilatar y bruñir para su nacionalización en nuestra lengua. Algún comentador incisivo, cuya nerviosa inquietud periodística corría parejas con sus ardientes predilecciones políticas, llegó a calificar como "impotable" el estilo del maestro siendo, en nuestro pesar, claramente injusta la apreciación y originada en un comienzo unilateral de polémica— género colombiano de exposición que Sanín Cano rehusa inexorablemente y con evidente sentido de las proporciones. Acaso debamos al gran escritor la elemental declaración —por otra parte clásicamente anglosajona— que el hecho de no ser él novelista, ni historiador, ni periodista, ni poeta es parte significativa a que de su lado nada puedan temer aquellos amables y susceptibles cultores del humano pensamiento, en forma de rivalidad agresiva o de concurrencia desleal. En la persona de Sanín Cano, en su laconismo ponderado y enjundioso, sospechamos asimismo cierto saludable desvío por toda suerte de oradores y en los recios planos de su fisonomía, donde la voluntariosa geometría antioqueña aparece mitigada por un imperceptible ceño de anglicana y fugitiva ironía destella una fuerza de introspección insular, como conviene al hombre de contacto londinense. No es, por lo tanto, de extrañar que a Sanín Sano afecte, como a ninguno de nuestros escritores, el dictado de "ensayista", a la manera de ultramar, y que la magra firmeza de trazos, contraída a las tres dimensiones del análisis subjetivo, que es distintivo capital de su obra, haya dado por resultado cierta deliberada resistencia a todo recurso retórico de naturaleza meramente emocional. Tal ausencia de "emoción" superficial no empece, sin embargo, al ejercicio de una sensibilidad hondamente humana y persuasiva, de "horaciana" cordialidad en la amistad de los hombres y su comprensión benevolente, cuyas secretas valoraciones responden con ejemplar eficacia a la magistral consagración de su nombre ante las generaciones que llegan.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

En las Editions Bernard Grasset (61, Rue des Saintes Peres, 61. Paris VIe.):

Armand Godoy: ***Le Drame de la Passion.***

Con el autor: 39 Bd. Montmorency París XVIe.

Señalamos:

Enrique Molina, Presidente de la Universidad de Concepción, Chile: ***Proyecciones de la intuición.*** Nuevos estudios sobre la Filosofía Bergsoniana. Prensas de la Universidad de Chile. 1935.

Gilberto Loyo: ***La política demográfica de México.*** Instituto de Estudios Sociales, políticos y económicos de la P. N. R. Secretaría de Prensa y Propaganda. México. 1935.

Cortesía de la Legación de México en Costa Rica.

Enrique Diez-Canedo: ***Unidad y diversidad de las Letras Hispánicas.*** Discurso leído por el autor en el acto de su recepción académica el día 1 de diciembre de 1935. Madrid. 1935.

Publicación de la Academia Española. Con la contestación de T. Navarro Tomás.

Por las prensas de Editorial ***Ercilla,*** en Santiago de Chile, 1935:

Baladas peruanas. Por Manuel González Prada. Envío de Alfredo González Prada. (París).

Prólogo de Luis Alberto Sánchez: ***González Prada, poeta indigenista.***

Envío de la Sección de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana:

3 comedias infantiles para Teatro de Guignol. México. 1935.

5 comedias del Laboratorio Teatral del Depto. de Bellas Artes. México. 1935.

Director del Laboratorio Teatral: el poeta German List Arzubide.

Introducción, organización e interpretación del teatro de muñecos «Guignol». Por Arqueles Vela. Edic. de la Sec. de Educ. Pública. Depto. de Bellas Artes. México. 1935.

Cortesía de los autores:

Raimundo Lazo: ***La personalidad de la Literatura Hispanoamericana.*** La Habana. 1935.

Con el autor: Neptuno 342. Habana, Cuba.

Ester de Cáceres: ***Los cielos.*** Poemas Carátula de Fayol. Impresora Uruguaya, S. A. Montevideo. 1935.

María de Villarino: ***Junco sin sueño.*** Carátula de Aldo. Ediciones VÉRTICE. Buenos Aires. 1935.

Con la autora: 61 - No. 332. La Plata. Bs. As. Rep. Argentina.

Elías Carpena: ***El romance de Federico.*** y otros poemas de verso breve. Buenos Aires. 1935.

Con el autor: Biblioteca Nacional. México 564. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Nicolás Rubio Vásquez: ***La ponga.*** Cuentos regionales. 1935. Ambato. Ecuador.

Virgilio Ferrer Gutiérrez: ***Una conferencia.*** La Habana. 1935.

Con el autor: 23-No. 306. Vedado. La Habana. Cuba.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,
un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE—DELICIOSO—SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

Versos nuevos

Por CLAUDIA LARS

= *Envío de la autora.* San Salvador. El Salvador. Dicbre. de 1935. =

ROMANCE DE LOS TRES AMIGOS

A *Salarrué* y *Serafín Quiteño*

Caminamos de la mano,
cuando el reloj da las cinco
y en el pico de los cerros
la tarde quiebra sus vidrios;
vamos soñando y vagando
y diciendo versos lindos,
por el llano y la vereda
en donde arpegian los trinos,
y ensayan las flores párvulas
balanceos de equilibrio,
y cuchichean las yerbas,
y la quebrada da brincos.

Los ojos de Salarué
verdi-azules y tranquilos
en el País del Ensueño
copian cielos de prodigio,
y rincones encantados
llenos de sombras y brillos.
Tiene la palabra queda,
el pensamiento blanquísimo,
inclinado el cuerpo fuerte,
cordial el gesto sencillo,
y la vibración profunda
en el suave magnetismo.
Entiende la voz oscura
del bruto y del gusanillo,
la música de los astros,
el misterio de los signos,
la gama de la belleza,
el lenguaje de los niños,
y es amigo de las hadas
y los duendes y los silfos.

Quiteño tiene la carne
hecha del barro nativo,
y en el caudal de sus venas
hay fuerzas de remolino.
Entusiasmo y arrebato,
ala de riesgo atrevido,
ternura de labio ingenuo,
inquietud de nervio fino,
bondad de brazos abiertos,
corazón de rojo vivo,
y el verso perfecto y claro
brotando del pecho lírico.

Y yo, la hermana menor,
soy el nudo del cariño:
chispa que junta dos llamas,
hilo que ensarta dos ritmos,
número mágico y alto
porque complementa el triduo.

Vamos, soñando y vagando
a lo largo del camino,
por el pueblo de San Marcos
y el Cerro de San Jacinto.
La tierra de Cuscatlán
abre su paisaje rico
de humedad y de fragancia,
de colores encendidos,
y volcanes y laderas
y llanos y precipicios.

Pasan las indias de carga
apurando el trotecito,
y las carretas chillonas,
y los "zipotes" mestizos.
Mancha el oro del celaje
la bandada de pericos,
y hacen gárgaras las ranas,
y se despiertan los grillos.

Bejucos y matorrales,
palmeras y tamarindos,
juegan con el viento fresco
de canciones y silbidos.
El pájaro de la noche
afila en la pluma el pico,
y el primer lucero tierno
abre su broche amarillo.

Regresamos, presurosos,
cuando se apagan los ruidos...
Tres sombras sobre la suave
felpa del campo dormido.

San Salvador, 1935.

PORQUE SOY VAGABUNDA...

A Dña. *María de Baratta*

Porque soy vagabunda conozco los caminos
húmedos y fragantes que en el monte se enroscan;
los que suben, despacio, al nido de la fuente;
los que se traga el bosque con su boca de sombra.

Porque soy vagabunda he bajado al barranco
a despertar el Eco que duerme entre las rocas,
persiguiendo l'arisca libélula de nácar
y buscando el agüero del trébol de cuatro hojas.

Me he tendido en el musgo, sobre almohada de helechos,
oyendo el trino fino que suelta la "chiltota",
y la oruga del lodo ha comido en mi mano,
y han bailado en mi frente briznas y mariposas.

Vi abrirse el cascarón del huevillo del pájaro
y la seda enrollada de la prieta amapola.
Probé la pulpa rica de la fruta silvestre
y descubrí panales y recogí bellotas.

El viento me ha contado cuentos de maravilla
descubriendo, al pasar, lo que lleva en su alforja:
olor de balsamera, de yerbas, de racimos,
y todos los rumores de la tierra redonda.

La tonada del río, entre juncos y breñas,
me da el sentido exacto que hay en las siete notas,
y aprendo el equilibrio y la gracia del ritmo
en el vaivén azul y eterno de las olas.

Corro con pies descalzos sobre la playa tibia;
me unto barniz de Sol, juego en el agua loca,
y adorno el cuerpo alegre con encajes de espuma
y pulseras de algas y collares de conchas.

La noche me regala sus manojos de estrellas,
la luciérnaga mínima su llamita temblona,
el grillo su chillido clavado en el silencio,
y el murciélago huraño su vuelo de alas flojas.

Porque soy vagabunda toda belleza es mía
y mío es el deleite que los demás ignoran.
Suelto mi canto vivo como un pájaro libre
y tengo el alma diáfana encantada y gozosa.

CANCION DE MEDIANOCHE

Esta noche de octubre es de luna redonda.
Estoy sola, llorosa, pegada a tu recuerdo.
Han escrito tu nombre las estrellas errantes
y he cazado tu voz con las redes del viento.

Flota un olor agreste con resabios marinos.
Las sombras se amontonan en rincones de miedo.
Algo secreto emerge de las cosas dormidas
y se alargan las horas en la curva del tiempo.

Mis ojos de vigilia captan todo el paisaje:
el volcán altanero, los llanos y los cerros,
la vereda entre zarzas, el rancho de los indios,
y las palmeras altas de penachos violentos.

Se oye el glu-glu monótono del agua escurridiza
que en la hondonada cuaja su espejito de invierno;
el golpe de la fruta al caer de la rama
y el zumbido perenne de la ronda de insectos.

Mariposas ocultas tiñen sus alas frágiles.
El zenzontle del alba esconde su gorjeo.
Y entre espesas cortinas de bejucos fragantes
la paloma morada sueña rumbos de vuelo.

Por etéreos caminos los anhelos se encumbran
y en los cuatro horizontes dan vueltas de silencio.
¿Quién escucha el mensaje de las almas que lloran?
¿Quién recoge en el aire los suspiros dispersos?

Trato de recostruir con vaguedad de líneas
pero te desvaneces y te alejas, huyendo...
¿En qué niebla apretada has escondido el rostro?
¿En qué tierra remota ha caído tu cuerpo?

Esta noche podría quererte más que nunca:
hay en mi corazón humilde vencimiento;
tiembla en la mano inquieta la caricia de espera,
y queda el beso tibio en los labios suspenso.

Te ofrendaría el hondo latido de mi impulso,
mi canto de belleza y mi gajo de ensueños;
y una ternura clara, como un río de gracia,
colmaría de encanto la cuenca de mi pecho.

Pero ya ves: el ansia ha de quedarse trunca
aunque el amor estire sus brazos pedigüeños.
Y he de pasar las horas, bajo la luna de ámbar,
hilvanando tristezas y contando luceros.

La muerte de Luis Bello

Por ENRIQUE DIEZ CANEDO

= De *El Sol*. Madrid, 25, noviembre, 1935 =

Muere Luis Bello pluma en mano, como vivió. Pocos días de enfermedad, aunque fuesen muchos de dolencia; pero un largo padecimiento inactivo no entraba en su manera de ser, y hasta la última hora trabajó en la viña, que sólo había de producirle, en su postrer rendimiento, un vino amargo.

Hasta las heces lo apuró sin una sola queja. Prefería pensar en cosechas futuras, que serían para él como las pasadas, de pura honra y escaso provecho. Herido en la carne de su carne, habló de su herida con serenidad enternecedora. Ni un instante desertó de la lucha, y en ella ha caído.

A sus amigos de siempre les queda como recuerdo de los últimos días en que le vieron por la calle el de una sonrisa triste, el de un afecto seguro y parco en palabras. Su despedida fué un "hasta luego", como el habitual. Y aun supo mitigarles la repentina alarma con la ficción de una mejoría imposible. Escribiendo años atrás de Luis Bello, decía uno de sus amigos: "Cuando se habla de Bello ahora se nombra junto a él a San Francisco de Asís o a don Quijote. Yo temo que en la comparación influya un tanto la figura magra, la admirable bondad de este hombre; pero las comparaciones no me gustan. De comparar, yo preferiría que tuviésemos muchos hombres a quienes comparar un día con Luis Bello".

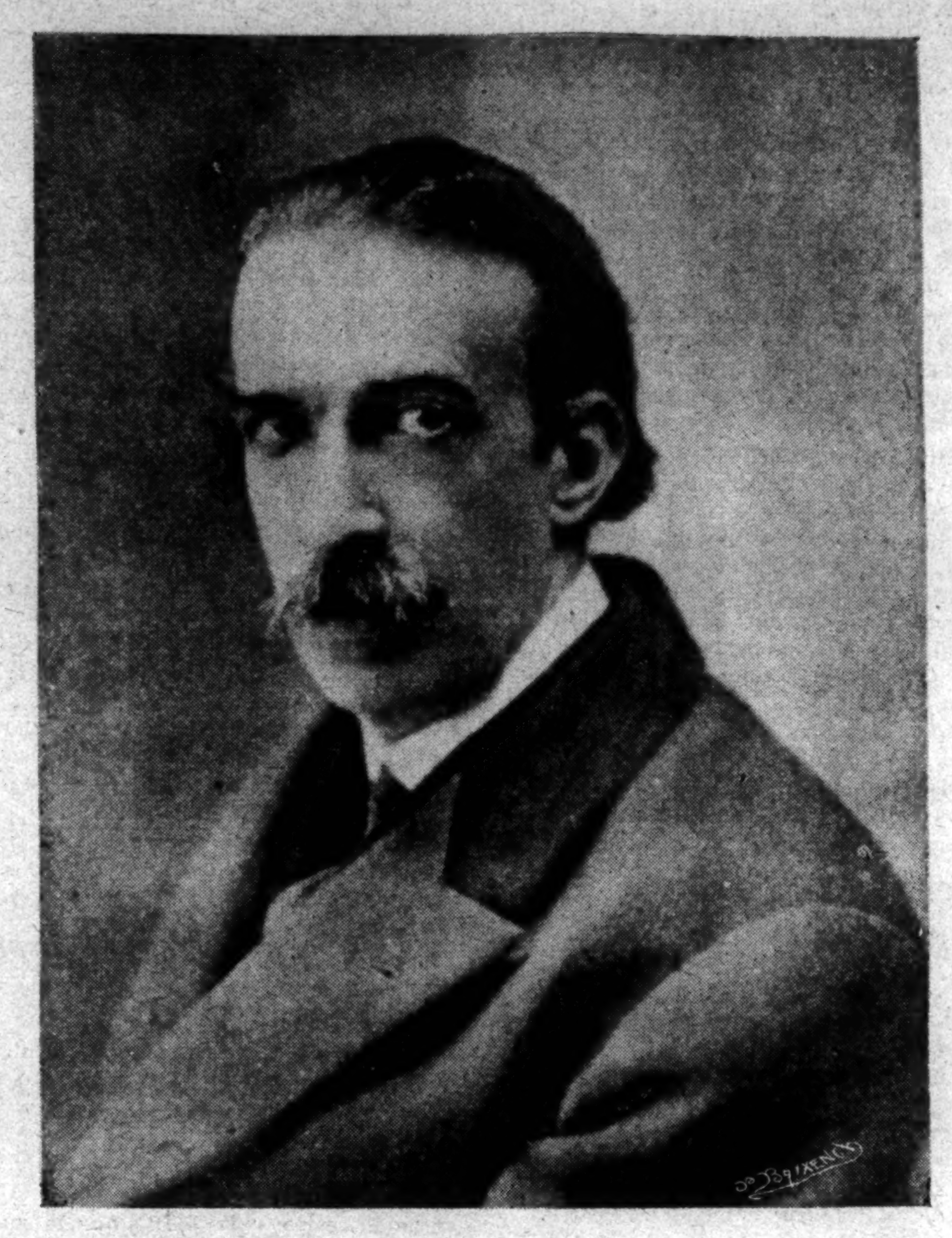
Esto era en años no remotos, antes de la República. Después, los enemigos de Bello— pero ¿tuvo Bello enemigos? — le hicieron blanco de denuestos y burlas, y cómo sería él, que, con todo en contra, salió de la prueba limpio y sin daño. Sin daño no, que bien supieron hallar sus adversarios coyuntura para herirle.

Vida de periodista. Grandes diarios de Madrid le contaron entre sus mantenedores. Supo ayudar, él, que nunca fué poderoso, a los jóvenes que se le acercaban. Toda su aspiración, desde las hojas de la actualidad volandera, iba a lo permanente; nunca fué más feliz que componiendo un libro o comentando el ajeno, que acariciaba al recibirlo, enamorado de la materia, antes de asomarse a la sustancia de sus páginas.

Acaso nunca fué más feliz que cuando tuvo una imprenta, ni cuando tuvo una casa, testimonio de solidaridad con su obra de visitador de escuelas, donativo del entusiasmo fervoroso. Pero la imprenta y la casa fueron para él, primero, una preocupación (porque ¿quién saca de una pluma la nómina, o quién hace frente sólo con artículos, a las obligaciones de un propietario?); primero, digo, una preocupación; después, un recuerdo.

En la imprenta, sin embargo, combinando los tipos, estudiando la forma del libro por nacer, como se piensa en el porvenir del hijo anunciado, Bello era feliz, y lo era al proyectar un número de aquella "Revista de libros" que vivió dos temporadas azarosas. Nadie diría cuánto lo fueron al ver hoy sus fascículos pulcros, como de publicación que tiene asegurada por mucho tiempo la vida.

Luis Bello tuvo un instante de máxima notoriedad: el de su campaña por la escuela española, sustentada en estas columnas de "El Sol". Al principio, los artículos de Luis



Luis Bello
(Hacia 1927)

Bello se leían como siempre los suyos, ricos de ideas y enaltecidos por la tersura del lenguaje y la claridad de exposición que le habían convertido, desde tiempo atrás, en uno de los maestros del periodismo. Yo no creo que esta expresión, aplicada a él, le agradara. Su magisterio era puramente ejemplar, y el dictado suele rendirse ante todo a quien es poderoso e influyente. Pero alguna vez han de adoptar las palabras su genuino significado.

Cuando la visita de escuelas fué adelantando, y los artículos empezaron a reunirse en tomos, se siguió la campaña con nuevo interés. No era ya el trabajo del periodista que ha dado con un tema simpático y lo desarrolla más o menos concisamente. Era labor de apostolado.

El "Viaje por las escuelas de España", que consta de cuatro tomos, que podrían acrecentarse recogiendo labor ya publicada, parece tomar su título de aquellos libros del siglo XVIII (viajes de Villanueva, de Ponz, en busca de noticias históricas y artísticas), y de ahí puede colegirse cuál es la tradición de que arranca. El siglo XVIII español es todo lo contrario de un siglo "Castizo", aunque Goya lo encienda al final con los fuegos de sus escenas populares, llevadas también entonces al teatro por Ramón de la Cruz. Es el siglo europeizante, enciclopedista; el que quiere reintegrar a España en el concierto roto por su buena pujanza en los siglos anteriores, sacarla del aislamiento, explotar sus riquezas, alumbrar sus fuentes de prosperidad interior.

Los ministros de Carlos III son los antepasados de aquel gran aragonés que en los años primeros de este siglo clamaba: ¡Escuela y despensa! Al grito de Joaquín Costa, el gigante paralítico, respondió Luis Bello, limitando todavía el campo, para no desperdigar su esfuerzo, tomando para sí una de aquellas aspiraciones, aun no cabalmente realizada: la escuela. Y al lado de la imprecación de Costa, que clamaba como un profeta de Israel, escuchaba Bello la suave palabra, atendía al concreto ademán indicador de otro hombre que con menor estruendo hizo obra más perfecta: Giner de los Ríos. "Ni el local ni el material son la escuela, y a pesar de ello, a mí me basta entrar en un local para saber si al pueblo le interesa la instrucción de sus hijos, si los quiere y si respeta y estima al

maestro". Es muy difícil reducir a pocas palabras el espíritu de un libro; pero, si acaso, en las trascritas del mismo Bello me parece estar condensado todo su propósito, entera su doctrina.

El pueblo ha de amar al maestro porque a él le confía lo mejor de sí mismo: el alma de los jóvenes. Amándole, ha de procurar que cumpla debidamente su misión. Para conseguirlo, no puede consentir que el cumplimiento de ella se lleve a cabo con el sacrificio de todas las horas.

El niño, ante todo; para el niño, la escuela; para la escuela, el maestro. En éste ha de haber abnegación, espíritu de sacrificio, si es necesario—y ¿en qué profesión conscientemente elegida no es necesario el sacrificio?—; pero ante todo ha de haber eficacia, y la eficacia, cuanto menos sacrificio exija, más amplia ha de ser. No se puede llamar a un hombre a sacrificarse. No se puede pedir que sea héroe. Puesto en trance de sacrificarse, de ser un héroe, lo será o no lo será. Esto último es lo que no puede abandonarse a los azares del temperamento, del carácter, de la ocasión. Es preciso que la función docente se cumpla como algo normal; que sea cosa tan natural como la luz del día, y no arranque fortuito y maravilloso como una hazaña.

Ejemplos de todas clases, de maestros sin escuelas y de escuelas sin maestros, y de maestros que han tenido la suerte de encontrar sus escuelas; de iniciativas particulares y de esfuerzos colectivos, también de increíbles abandonos, de incurias desesperantes: todo esto va pasando a ojos del lector por las páginas en que Luis Bello describe, una por una, las escuelas de España. Y, como escribe "Azorín" en el prólogo de uno de esos tomos: "Un periodista ha logrado el milagro de que España piense en sí misma, de que los españoles se preocupen de lo más trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños. Y Luis Bello ha hecho más por la patria, está haciendo más por España que quienes pronunciaron en un Parlamento centenares y centenares de discursos".

Luis Bello cesó en su campaña, y tuvo la satisfacción de verla emprendida con otros medios, y no ya como propaganda, sino como acción, por los primeros gobernantes de la República. Las luchas de la política le exigieron esfuerzos que él supo hacer con sorprendente energía, afrontar con lealtad absoluta. Su refugio fué, como siempre, el periodismo. En el periódico vivía y soñaba. Un rato de conversación con sus íntimos, y ya estaba renaciendo el hombre de la "Revista de libros", el buen gustador de primores tipográficos. Todo lo veía no sólo realizable, sino próximo. Pero llevaba la herida en el costado, estaba abierta en él la mina del dolor, y ése era el fondo de su sonrisa triste. La enfermedad, el mal agudo, ha tenido poco que hacer. Ha caído Bello en la lucha sin ver el triunfo, aunque le confortara en sus horas postreras la creencia en la victoria indudable; pero ha caído sin que se le oyera una queja y sin que se le ahorrara un sorbo de amargura.

Alberdi precursor

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De *Sur* Nos. 10 y 11.—Buenos Aires, Rep. Arg. =

(y 5—*Véanse las entregas 5, 6, 7 y 8 del tomo en curso*)

10.—El Estado-Mundo

Adoptemos ahora el rápido y sintético lenguaje de Alberdi, para preguntarnos cómo veía él al "Estado-Mundo" (expresión que, por curioso que parezca, no utilizó), es decir, al órgano ejecutivo de su Pueblo-Mundo, reunido y asociado en Sociedad-Mundo. Hay no pocos pasajes en su ensayo que permiten suponer que para Alberdi la sociedad-mundo no era tan sólo una opinión pública, sino también una autoridad al menos judicial, sino ejecutiva. Pero en este terreno, aunque no fuera más que por riqueza de ideas, forzoso es confesar que se nos revela tan confuso como en el, muy conexo por cierto, de las sanciones. ¿Colectividad de opinión pública y de conciencia en que las soberanías nacionales no reconocen otro límite que el de la ley moral? ¿Sociedad regida por un Tribunal de Justicia Internacional? ¿Federación de naciones que recoge de cada una de ellas lo más granado de su soberanía? En el ensayo de Alberdi hay para todos los gustos.

A veces manifiesta opiniones impregnadas de pesimismo, como cuando declara que el abolir la guerra es utopía o alega que, "como no se divisa el día en que los soberanos consientan en ser súbditos de un poder universal, el único medio de escapar a esa justicia extraña que se confunde con el crimen, es no pleitear jamás". Otras, atenúa este pesimismo augurando que, al disminuir con el ejercicio de la libertad la "fuerza" de los soberanos, éstos, "no harán que lo que es fuerte sea justo; y cuando se hagan culpables del crimen de la guerra, la justicia del mundo los juzgará como al común de los criminales". En este lugar está bien claro que lo que Alberdi considera como castigo es la repulsa de la opinión. "La sentencia en sí misma, es el más alto y tremendo castigo". Volvemos a hallar en esta aristocrática afirmación, la tendencia anarquista y optimista de nuestro iberó, que, naturalmente, hemos de ver reflejada también en sus opiniones sobre la organización internacional. Pero hay otros lugares de sus escritos en que, si bien más respetuoso de la soberanía nacional de lo que hubiera podido imaginársele, estima posible y deseable la institución de un poder internacional. Sirva de ejemplo el siguiente: "Esta dependencia mutua y recíproca, por el noble vínculo de los intereses que deja intacta la soberanía de cada una, no solamente aleja la guerra, porque es destructora para todos, sino que también hace de todas las naciones una especie de nación universal, unificando y consolidando sus intereses, y facilita por este medio la institución de un poder internacional, destinado a reemplazar el triste recurso de la defensa propia en el juicio y decisión de los conflictos internacionales..."

Es, como se ve, difícil tarea la de armonizar las diversas y dispersas opiniones de Alberdi sobre la relación entre la soberanía nacional y la soberanía-mundo (como él pudo haber dicho). ¿Qué pensar, por ejemplo, del trozo siguiente?: "La gran faz de la democracia moderna es la democracia internacional; el advenimiento del mundo al gobierno del mundo; la soberanía del **pueblo-mundo** como garantía de la soberanía nacional. Si ese rey de los reyes, si ese soberano de los soberanos, no ejerce todavía su soberanía, no por eso deja de tenerla y de ser esa soberanía la suprema y más alta de las soberanías de la tierra. Si el hecho de que no la ejerce hoy por un poder organizado fuese razón para negar que el mundo es soberano de los soberanos, no habría hoy mismo soberanía alguna nacional admisible, porque en ninguna nación existe hasta aquí, sino nominalmente, lo que se llama soberanía del pueblo".

Ya se echa de ver cuán difícil es la interpretación de este trozo. Empieza por adoptar sin discusión, y como artículo de dogma, la tesis integral y simplista de la soberanía del pueblo, es decir la soberanía de la masa inorganizada o del número; en esto, es hombre de su tiempo, y no hay por qué reprocharle que no haya visto lo que aun hoy, después de tan abundante experiencia, se niegan a ver los beatos de la democracia. Pero, además, ¿a qué soberanía se refiere? ¿Es tan sólo una soberanía moral, que implicaría una constitución meramente ética y anarquista del mundo? Así parece desprenderse de otros pasajes de su ensayo, en donde vemos aflorar esa tendencia ácrata y optimista de los españoles del mediterráneo, tan distintos, en esto, de los pesimistas autoritarios de la Meseta Castellana. He aquí uno de estos pasajes, en donde se complace en augurar Arcadias: "Es más verosímil que cada nación acabe por gobernarse en sus negocios propios, como se gobierna el **pueblo-mundo**, es decir, sin autoridades comunes, que no el que la humanidad llegue a constituirse una autoridad universal, a imagen de la de cada nación".

Y, sin embargo, en otros lugares de su obra, aparece repetidamente la idea de que, cuajada la sociedad universal como un hecho espontáneo y natural, ella misma dará de sí sus propias autoridades. Así: "En la esfera de **pueblo-mundo**, como ha sucedido en la de cada Estado individual, la autoridad empezará a existir como opinión, como juicio, como fallo, antes de existir como coacción y poder material". Y aun más claro: "El día que las naciones formen una especie de sociedad, se verá producirse, por ese hecho mismo y en virtud de la misma ley que ha hecho nacer la autoridad en cada Estado, una autoridad más o menos universal, encargada de formular y aplicar la ley natural que preside al desarrollo de esa asociación de Estados".

Es evidente que Alberdi piensa en alta voz como suele decirse; que va elaborando su pensamiento, apuntando las ideas que se le van ocurriendo, a título, por decirlo así, provisional. Véase un ejemplo elocuente: Alberdi dice más de una vez, que la Sociedad-Mundo será **multiplice**: nos habla de crear "la unión de las Naciones en un vasto cuerpo social de tantas cabezas como Estados, gobernado por un pensamiento, por una opinión, por un juez universal común"; y, sin embargo, en un momento de pesimismo, augura la solución hegemónica: "lo natural será que la nación que se señale por la superioridad de su civilización y la juiciosidad y rectitud de su conducta, en cada época dada de la vida del mundo, reciba tácitamente la delegación que las otras naciones le defieran,

para ejercer en ellas una especie de judicatura inamovible relativamente; o, como la del jurado, para la decisión de un caso dado". Lo cual no le impide declarar rotundamente: "Toda aspiración de **hegemonía** es contraria a la civilización política del mundo y sólo sirve para mantener el reinado de la guerra, que es barbarie primitiva en la manera de aplicar la justicia entre las naciones".

Todo ello no obstante, es posible resumir en sus grandes líneas el pensamiento de Alberdi sobre el Estado-Mundo. Para él, la Sociedad mundo es esencialmente una opinión pública consciente. Como consecuencia de esta opinión pública, Alberdi imagina un estrechamiento gradual de las relaciones jurídicas y consuetudinarias entre los pueblos, favorecido por factores espirituales (cristianismo), políticos (liberalismo), económicos (comercio) y técnicos (comunicaciones); y, como consecuencia, a su vez, de este estrechamiento, la aparición gradual de órganos colectivos encargados sobre todo, de aplicar la sanción moral contra el agresor. Alberdi define ya el agresor con la sencillez sanchopancesca a que hoy, tras larguísimas disquisiciones, se ha llegado: "Así como la presencia del malhechor en casa ajena es una presunción de su crimen en lo civil, así todo Estado que invade a otro debe ser presumido criminal, y tenido como tal, sin ser oído por el mundo, hasta que desocupe el país ajeno". Hecho lo cual, recuerda la fuerza que hoy (su hoy!), tiene la opinión pública, gracias a los agentes de transmisión del pensamiento, observación que le lleva a esta admirable sentencia: "Formado el rayo, falta saber sobre qué cabeza debe caer".

Fiel al carácter ante todo espiritual de su modo de ser, Alberdi mantiene, pues, hasta el último momento la índole moral del castigo. Por eso, elevándose por encima de las contradicciones de detalle, se anticipa a su siglo en un sinnúmero de ideas esenciales al progreso internacional, sobre las cuales cae casi siempre del lado ibérico, es decir, al lado de sus gloriosos antecesores de Salamanca. (Ejemplo notorio, es su valiente examen de la objeción de conciencia). Su mirada de cóndor se clava certera en el hombre individual, en el que ve la fuente única y el objeto de todo derecho, pero también la base de todo progreso moral. Y así talla, más que escribe, en granito de Iberia, estas palabras inmortales: "A medida que el hombre se desenvuelve y se hace más capaz de generalización, se apercibe de que su patria completa y definitiva, digna de él, es la tierra en toda su redondez y que en los dominios del hombre definitivo, jamás se pone el sol".

y 11. — *Alberdi en la revolución histórica*

Y ahora, miremos al propio Alberdi, al precursor. ¿Qué papel hace en la evolución de las ideas hacia su Sociedad-Mundo? ¿Fué sembrador en vastas tierras, en llanuras de opinión humana tan extensas como las de su Pampa natal? ¿Ha pensado sobre los hechos o las ideas; ha determinado la corriente histórica de un modo apreciable y proporcionado a sus dotes intrínsecas?

Bajemos la cabeza humillados. No. El mundo no conoce a Alberdi, precursor de la paz. Pese a la edición inglesa de su obra, el mundo atribuye la Sociedad de Naciones a Wilson, a Lord Cecil, a Smuts, hasta a Bourgeois; y le busca sus antepasados, precisamente, en los que cita Alberdi: en St. Pierre, Kant, Sully, hasta en Grocio y en Alberico Gentile. Hoy se descubre a Vitoria. Los jurisconsultos modernos, Politis, Scelle, Lapradelle, Brown Scott, Nys, (para no mencionar a los españoles), ponen de relieve la labor genial del gran dominico salmantino. Ya sobre la pista, todos los canonistas y algunos juristas de la gran época española recobran gradualmente su prístino esplendor, y así van saliendo de la penumbra de sus venerables claustros, a la luz de la opinión universal no ya Suárez, sino Vázquez Menchaca, Fox Morcillo, Domingo de Soto... Pero, ¿y Alberdi?

Y, sin embargo, las dotes intrínsecas del gran argentino son maravillosas. Tiene la intuición genial, especie de visión X que, penetrando a través de las envolturas desentraña y saca a luz el esqueleto de las cuestiones; posee la mirada escudriñadora que todo lo analiza y descubre; pasa con infalible seguridad por todos los problemas de la vida colectiva, que la guerra, directa o indirectamente, sugiere; y le anima ese **quid divinum** de los espíritus generosos, que, precediendo a las operaciones lógicas, le lleva a tener razón antes de haber razonado. Alberdi es un gran espíritu.

Pero, además, es un gran escritor. Demos de lado sus descuidos, sus repeticiones innecesarias, sus galicismos (**biologistas, sociologistas**), y hasta a veces cierta flojedad gramatical (hay dos maneras de salirse de la gramática, hacia arriba, por fuerza ascensional excesiva, o hacia abajo, por flojedad). Siempre queda que Alberdi es un maravilloso escritor, no porque se aplique a manejar el castellano como experto artífice — para lo cual le sobra entusiasmo y le falta paciencia—, sino en cuanto la lava de su pensamiento volcánico se plasma espontáneamente en formas de admirable relieve y vigor. Ya se han citado algunas en el curso de este estudio. A nadie le extrañará que, si la pasión es la que le da el fuego para que la materia plástica se funda y caiga en el molde, Alberdi obtenga sus más logrados efectos de estilo al comentar los acontecimientos de la historia argentina, que le vibraban en el alma. Así, hablando del caudillismo, toda esta página que es imposible cortar, como no se corta un cuadro de Goya:

"El fierro de la espada excede en fecundidad al del arado, en este sentido que, no sólo da honor y plata, sino que da el gobierno. Por la regla de que ser libre es tener parte en el gobierno, los generales buscan el gobierno nada más que por el noble anhelo de ser libres. Pero este modo de ser libres no tiene más que un inconveniente, y es que es incompatible con la libertad del adversario. Es la libertad del partido que gobierna, fundada en la opresión del partido que obedece; o, por mejor decir, es la guerra en disponibilidad que sólo espera la ocasión para tomar el mando de la situación. El gobierno de un partido, no es un gobierno entero; es la mitad de un gobierno, que representa la mitad del país. Cada uno de sus actos es la mitad de un acto, es decir, la mitad de una ley, la mitad de un decreto, la mitad de una sentencia, y toda su autoridad no es más que una mitad de la autoridad verdadera, que sólo merece un medio respeto y una media obediencia, porque sólo expresa la mitad del derecho y la mitad de la justicia". Aquí se oye vibrar el alma del patriota ardiente, agitada por hechos concretos que le tocan, de cerca, pero también en plena abstracción, sabe Alberdi acuñar medallas de perfecto relieve: "lejos de ser la última razón del derecho, la espada es la primera razón del crimen".

¿Cómo se explica, pues, que este gran pensador que era un gran escritor, no haya llegado a ejercer sobre la evolución humana toda la influencia que a sus dotes intrínsecas correspondía? La respuesta a esta pregunta pudiera bien ser el ejercicio más útil de este modesto homenaje a la memoria de Alberdi.

La primera razón, hay que buscarla en el propio Alberdi. Como ya hemos observado varias veces al examinar su obra, improvisa, piensa en alta voz, echa sobre el papel los brotes espontáneos de su pensamiento. Falta a su labor, primero, un **filtraje** de las ideas brutas para desechar las que no cuadran con su pensamiento madurado y conservar las ya depuradas y utilizables; después, una **visión sistemática** sostenida no sólo en su conjunto, sino en ciertas grandes líneas que le permita alcanzar un **orden,** tanto de concepto como de exposición.

Hallaremos otra razón en el hecho de que Alberdi — por su desgracia — no se hallaba inserto en una cultura organizada. Pese a sus estudios, era en el fondo, como la inmensa mayoría de los ibéricos, un autodidacta. Estaba descentrado, aislado y flotante, en una cultura, europea, atlántica, universal, demasiado vasta para el individuo sin la transición de una cultura nacional bastante vigorosa para acercarle las esencias universales. Aquí tocamos al centro de nuestros males. Ya hemos visto cómo Alberdi acierta siempre que reacciona en ibérico, cómo se equivoca siempre que repite por convicción intelectual, pero sin conversión cordial, las ideas económicas, políticas y aun filosóficas de otros ambientes espirituales. ¿A qué se debe este hecho singular? A que las ideas sólo son fértiles cuando van arraigadas en **todo** el ser que las manifiesta, porque entonces, también las alimenta.



De aquí una conclusión esencial. Para que un espíritu grande y generoso como el de Alberdi dé su máximo rendimiento a la cultura universal, es menester que reciba una cultura en armonía con su modo de ser, es decir, una cultura nacional — lo cual, claro está, no quiere decir nacionalista, sino todo lo contrario. La cultura nacional no ha de ser una enciclopedia de las ideas universales, sino un cultivo de los espíritus nuevos, mediante la familiaridad con los grandes espíritus de la misma nación que florecieron en el pasado — y, desde luego, de los clásicos universales. A Alberdi le falta cultura ibérica. Cita a todas las grandes luminarias del derecho internacional, pero ni siquiera conoce, como hemos visto, a Vitoria. No es reproche que le hacemos—, ¿quién, salvo contados especialistas, lo conocía entonces? Es lamento ante lo que Alberdi hubiera dado, si su gran espíritu se hubiera cultivado al contacto con la Salamanca del siglo XVI. La lección de Alberdi es ésta: las universidades americanas deben cultivar sus clásicos — es decir, los clásicos españoles, que son los que están en ritmo con su sangre y con su espíritu.

En estrecho parentesco con esta razón segunda, existe una tercera, para que Alberdi no haya dado mayor rendimiento en la cultura humana, a pesar de sus altas dotes, y es la espantosa desorganización de la cultura ibérica, a la que por ley natural pertenece. No nos conocemos unos a otros. No nos estudiamos unos a otros. La cultura ibérica no posee todavía los órganos de crítica, de estudio, de registro y transmisión que corresponden a su pasado, a su vitalidad, a su genio creador y a la superficie del planeta que la historia le ha concedido. Sin duda, **existen** para ello causas históricas. ¿No han de existir? Aunque España se ocupó de la cultura de sus colonias infinitamente más que los países colonizadores de su época y aun de la actual, la cultura que España transmitía tenía que adolecer en último término, no sólo de las condiciones dogmáticas que la historia le impuso, sino de los errores económicos que cometió. Pero no todo el tiempo que se pudo haber ganado de la emancipación acá, se ha aprovechado. A buen seguro que nadie podía razonablemente pedir a las colonias recién emancipadas de la metrópoli, que a su vez se emanciparan de los sentimientos antagonistas provocados por la lucha de liberación. Pero en fin, ya han pasado más de cien años; ya es hora, ya es hora. Subsisten resabios coloniales en cierta resistencia a beber en las fuentes de la cultura española y a reconocer en ellas las verdaderas fuentes — no meramente históricas, sino **naturales**, por la identidad de ritmo y sangre, de las culturas americanas. El americanismo es aún cosmopolita y deraciné. No se ha emancipado todavía completamente de su antigua **psique** colonial, para ir con la frente alta, con la estatura de mayor de edad, a lo que es suyo tanto como nuestro, a la cultura clásica de España.

Y, sin embargo, el americano tiene que arraigar para dar fruto. Su arraigo natal ha de ser ante todo, claro está, el de su suelo y cultura patria, pero en cuanto la raíz ahonde, y en los grandes espíritus ahonda siempre, llegará a la España del XVI — subsuelo espiritual de todos nosotros. Sólo sobre el siglo XVI español conseguiremos hacer del mundo ibérico una cultura orgánica potente, que dé a cada uno de nosotros la resonancia necesaria para que su voz se oiga en el concierto mundial.

"La balada del hombre que había jurado no seguir buscando"

= Envío del autor. León de Nicaragua. =

Dedicada a mi buen amigo Br. *J. Ramón Sandino*

Serás, le dije a mi alma,
una piedra muy piedra,
la más piedra de todas,
superlativamente,
sin nada de no piedra,
resaturadamente.

Serás, indeclinable
piedra, bajo los siete
sellos de Salomón.

Lo que te pasa, nadie
podrá saberlo, nadie.
¡Sólo Dios! ¡Sólo Dios!

En un tiempo fui nube,
con paso femenino
d'inútil propaganda;

y ola que s'entusiasma
en toda las arengas
retóricas del viento.

¡Qué necias son las olas!
¡qué tontas son las nubes!

Vosotros, los juguetes del niño movimiento,
mariposa de bailes
antiguos y modernos,
pájaro peregrino,
ardilla sube y baja,
cabra de los trapecios,
ciervo de las hurañas
fugas, y tú también
árbol de las cantadas
hojas, do mi re la...
Vosotros los juguetes del niño movimiento,
títeres, en las cuerdas bailables de la vida,
inútiles payasos del circo de la tierra.

Yo piedra, soy la Sabia,
la Reina, la Maestra,
de las filosofías,
plenarias y profundas, cumplidas y perfectas,
sin mancha de tanteos,
sin sombra de palabras.

Soy la tierra desnuda,
soy el agua sin olas,
soy el cielo sin nubes,
el divino silencio de la serenidad.

Hombre, andaba buscando, buscando, buscador.
Busqué, busqué, busqué ¡dolorosa experiencia!
¿Qué s'harían las puertas?
¿Qué s'harían las manos?
Fuera d'aquellas Manos que estuvieron clavadas,
¡se acabaron las manos, se acabaron las manos!
Fuera de aquellas puertas rojas de su Costado,
¡se acabaron las puertas! ¡se acabaron las puertas!

Y los ojos cerrados
y los ojos abiertos
y los oídos nuevos
y los oídos viejos
y la tortuga lenta
y Aquiles Pies Ligeros
son sílabas iguales d'una misma palabra.

Divina paradoja:
el más no vale más
ni el menos vale menos,
menos igual a más.

Y pues viven los hombres,
su vida en una feria
de miradas oscuras,
de voces apagadas
y de pasos perdidos,
es inútil amigos,
rezaba Capdevilla.

Serás le dije a mi alma
una piedra muy piedra,
la más piedra de todas,
superlativamente,
sin nada de no piedra,
resaturadamente.

Serás, indeclinable
piedra, bajo los siete
sellos de Salomón.

Lo que te pasa, nadie
podrá saberlo, nadie
¡Sólo Dios! ¡Sólo Dios!

A. H. Pallais
Capellán de la «Vanguardia Nicaragüense»

En Brujas de Flandes, a los 12 días del mes de enero de 1935.

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Tipewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York)., Etc., Etc.

JOHN M. KEITH, SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A. SOCIO GERENTE.

Cómo se forma la opinión pública

Por *JOSE CASTILLEJO*

= De *El Sol*. Madrid, 8 de Diciembre de 1935. =

Si no hay medio de conocer por conducto auténtico y sin recurrir a adivinos la voluntad nacional, o cuando menos algún jirón de ella, la democracia no es lo que literalmente anuncia su portada: "gobierno del pueblo", y su trono vacío quedaría a merced de cualquier impostor.

De aquí los esfuerzos para obtener aunque sólo sea una muestra, un indicio de legitimidad. Sería mucho pedir unas "tablas de la ley", y nadie pretende que una frase siquiera de la Constitución española sea trasunto de un mandato del pueblo. Nos contentaríamos con un leve gesto de aprobación.

Los teorizantes de la democracia se resisten a prescindir de esa asistencia, aunque no aciertan a explicar el porqué. Laun, en un estudio espiritual y fervoroso, cree que la voluntad de la mayoría debe ser preferida a cualquier otro régimen, porque, sea el que quiera su contenido, es el sistema que reduce al mínimo posible el número de los sometidos al arbitrio ajeno; pero en seguida cae en la cuenta de que ese principio sería igualmente aplicable a una cuadrilla de bandidos, y aunque ajeno a todo dogma, retorna a la vieja explicación de que la opinión de las masas tiene que ser expresión de la justicia, o sea al principio teocrático "Vox pópuli, vox Dei".

Otros analizan la mecánica social y llegan a una conclusión que se aparta por igual de los dos polos donde se buscaban las fuentes de la conducta colectiva: ni el vaho que emerge de la multitud y adquiere progresivamente formas y consistencia, como pensaban Savigny o Spéncer, ni la chispa genial y personal del hombre típico o del superhombre descritos por Carlyle y por Nietzsche.

En una concepción algo fría y simplista, llaman voluntad general a la coincidencia de dirección de la mayoría de ciudadanos, como caminantes que van a la misma feria, aunque admitiendo que es en gran parte producto de la tendencia gregaria de las sociedades.

Pero lo importante está en que la voluntad de la masa, cualquiera que sea su empuje, no puede llamarse originariamente suya. Las masas carecen de iniciativa creadora; no se les ocurren ideas o no saben formularlas, y aunque estén henchidas de pasión a punto de estallar, no son capaces de convertirla en disparo hacia un blanco. En una agrupación humana de cierto volumen, las resoluciones no se alcanzan por vía de contrato, unión de voluntades individuales que es el punto de partida de la doctrina democrática desde los sofistas griegos a Rousseau.

En vez de ese concierto espontáneo, se observa que afloran en las sociedades ciertas minorías reducidas o algunos individuos aislados que anuncian la solución deseada o pronuncian la palabra mágica, y son seguidos por los otros, como los chicos traviesos arrastran a la turba infantil.

Si esta "ley del pequeño número", que expone Wieser, fuera fundada, habría que renunciar a capturar el fantasma de la voluntad nacional; pero, lejos de volver la espalda al pueblo, nos hallaríamos ante un nuevo problema de incalculables dimensiones. Los políticos no son ya mandatarios de las masas; no cumplen con escuchar y trascribir. Su misión se hace más noble; su responsabilidad, más apremiante. Son inventores y lanzadores de ideas; son educadores del pueblo, y han de contar, por tanto, con su idiosincrasia y sus potencialidades: no pueden sustituirlo, pero sí mejorarlo o envilecerlo; son tutores de sus flaquezas y médicos de sus enfermedades. Por eso, cuando en vez de proceder según las conclusiones de la ciencia se dejan arrastrar por la osadía ignorante, se tornan en santones o curanderos.

Una campaña electoral adquiere así alcance mucho más hondo que el de agrupar opiniones para el recuento de votos.

Es en primer lugar la selección, preparación y presentación de una minoría directiva con suficiente prestigio y cautela para decir a la multitud, como el político inglés: "Soy vuestro jefe, y por tanto, tengo que seguiros". Luego, la elaboración de un programa no cogido del arroyo pasional ni bajado de las nubes angélicas. Y por último, el diálogo insinuante y sugestivo con el pueblo, sin desdén hacia sus flaquezas ni adulación a sus vicios, con instinto constructivo y reformador, sin matonería y sin miedo; pero sobre todo, con ejemplar generosidad.

Tomar al pueblo como instrumento de ambiciones personales; acercarse a él sin espíritu de devoción y sacrificio; ostentar a su costa una vida superior a la que uno podría sostener con sus propios medios, y no devolverle su mandato cada vez que los problemas lo desborden, son cánceres de la democracia. El político ideal sería en este sentido el que renunciara a gobernar, contentándose con dar sustancia a la gobernación; el que no admitiera como premio a sus desvelos la limosna del Poder, mientras el Poder sea honor, mercancía cotizable y "verduras de las eras".

Quien comprenda la delicada urdimbre de cada una de esas tres capitales funciones tendrá que perdonar a la República española los desaciertos de su noviciado. El pueblo, que es eminentemente conservador y receloso mientras la constitución política consiste en un sistema de hechos, es ultrarradical siempre que se trata de palabras y promesas. La mayoría se desplaza en ese caso hacia los extremos, y el triunfo es directamente proporcional a la falta de escrúpulos.

Los jefes políticos no pueden improvisar un bagaje de obras, de ideas realizables y de experimentos científicos preparatorios. Con programas de gabinete no han podido usar ante las masas otra fuerza aglutinante que la del egoísmo y el miedo. "Si no venimos nosotros —dicen los unos—, vendrán los malos republicanos". "Si no nos dáis el triunfo —replican los de enfrente—, abriréis la puerta a la anarquía". Este elemento de cohesión es deleznable y tornadizo, y en vez de educar, desmoraliza al pueblo y desacredita a los directores.

A pesar de los aplausos y del calor contagioso que un orador consiga remover, el público siente en su íntima dignidad insobornable la humillación de ser tratado como ganadería que se lleva al matadero al son de un cencerro, y después de las elecciones, el obrero, a quien se ha dicho que no percibe el producto íntegro de su trabajo, se subleva pensando que tampoco le alcanza el fruto pleno de su voto.

A los cuatro años de República es posible hacer un poco más de lo que ha hecho durante un siglo la Monarquía. La dignidad de la función y los deberes hacia el país exigen que nuestros jefes políticos, dotados de inteligencia y preparación suficientes, abandonen los lugares comunes y la retórica que entretenían a nuestros abuelos y aborden ante el país las cuestiones de fondo y de método que tendrán que resolver como gobernantes. Aunque la masa sea incapaz de entenderlas, tiene, como los niños, un instinto certero para percibir si se la trata en serio o en broma. Hay que emanciparse de la rutina. La preparación electoral puede ser la forja de una sociedad nueva.

INDICE:



ENTERESE Y ESCOJA

Alfonso Reyes: *Romances del Río de Enero* .... ₡ 8.00
Fernando González: *Cartas a Estanislao.* 5.00
Robert Louis Stevenson: *La casa solitaria.* Pasta 3.50
Max Aub: *Espejo de avaricia.* Carácter en tres actos y siete cuadros. 7.00
Fernando González: *El Remordimiento* ... 4.50
Las mejores poesías para la declamación (a base de los Programas de Berta Singerman) 3.00
José Asunción Silva: *Poesías* 4.00
Ramón Gómez de la Serna: *Los muertos, las muertas y otras fantasmogorías.* 4.00

Con el Admor. del *Rep. Am.*

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

"El Infierno Verde", y la crítica

= Envio del Sr. *Marín Cañas*. San José, Costa Rica. Enero de 1936. =

Recoge Repertorio Americano las primeras apreciaciones emitidas en España y América sobre la obra "El Infierno Verde", (La guerra del Chaco), de José Marín Cañas.

Honda novela americana. Realismo. Gran fuerza descriptiva. Paletazos con mano a la que no le ha temblado el pulso.

Liberación, revista centroamericana de vanguardia. Costa Rica.

A Marín Cañas le distinguen en el grupo de nuestros escritores dos virtudes cardinalmente necesarias para que se le reconozca una superioridad visible o admisible: su animosa constancia en el trabajo —que es en él una proyección de la confianza en sí mismo y en su obra—y la virginal potencia de su inspiración. Marín Cañas se revela en "El Infierno Verde" como poseedor de un rico estilo, fuerte, suelto y elegante. Ello aumenta el prestigio de "El Infierno Verde".

ANTONIO ZELAYA. Costa Rica.

Marín Cañas acaba de publicar la novela emocionante de la guerra del Chaco, que supera en vigor dramático, en horror emocionado a las páginas más vigorosas de las novelas europeas de guerra. El paisaje le ayuda: la selva terrible, el infierno verde.

Todo el patetismo de la guerra, aumentado mil veces por la hostilidad de la naturaleza virgen, llena este libro estremecedor, como una sinfonía aterradora, enloquecedora, llena de angustia.

Biblión. Madrid.

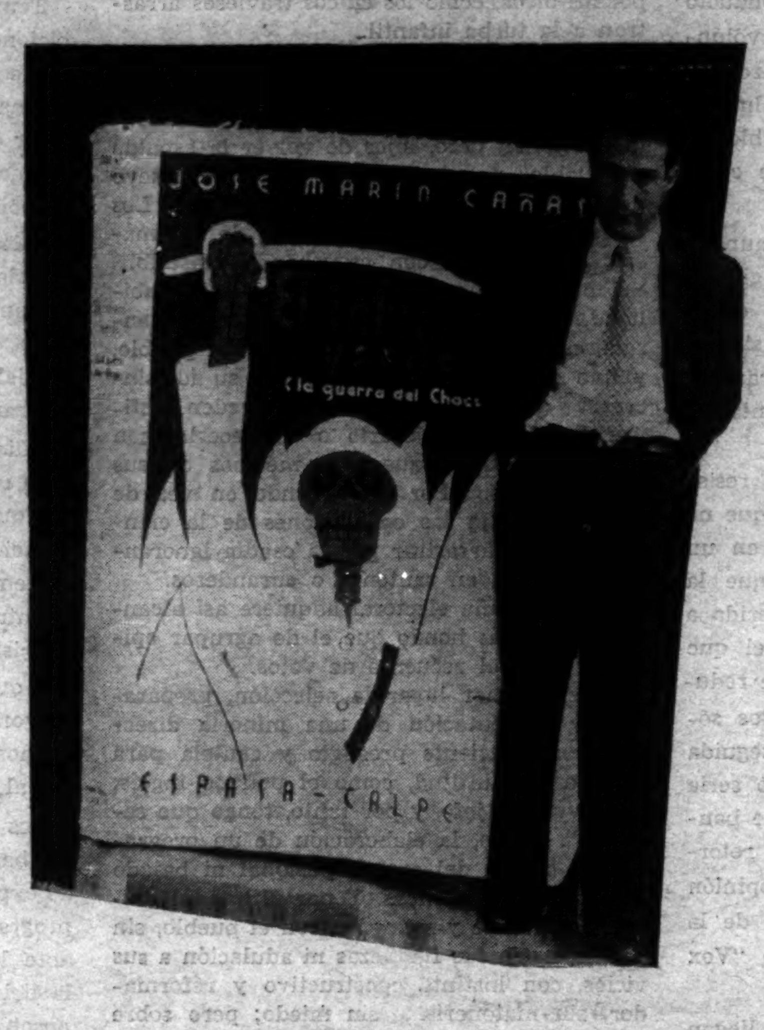
¿Qué es, junto a "El Infierno Verde" el plácido discurrir de ese pequeño burgués que se nos ha pintado en "Don Segundo Sombra"? ¿Y qué es frente a "El Infierno Verde" el bravío terrateniente que se escurre de entre las manos de "Doña Bárbara"?

¿Y qué, finalmente, parangonado con la aventura de aquel que se perdiera en el laberinto de las selvas amazónicas según quiso José Eustasio Rivera?

El dolor, la miseria, los martirios aquí de la sed y del hambre; todo lo que pudo sufrir uno, lo soportan cientos, miles de hombres. Un dolor colectivo, cercano a la locura, más allá de la desesperación, expresándose en páginas en las que hasta el recuerdo del placer es un sordo dolor más.

Un libro como no se ha escrito otro en América.

HÉCTOR PÉREZ MARTÍNEZ. México.



Toda la emoción de la tragedia del Chaco resalta y toma cuerpo en forma novelada en este libro que tiene todo el sabor triste del propio ambiente y toda la sugestión de los paisajes duros, inhóspitos. Es un libro que se lee de una vez.

Gaceta del Libro. Valencia, España.

...La obra gana universalidad como relato de la angustia humana frente a la furia de la guerra. Un hombre ha vivido esa angustia y la cuenta con el lenguaje estremecido con que se recuerda alguna pesadilla interminable. Hermoso y generoso libro el de Marín Cañas. Sabe enamorar al lector de sus temas y llevarlo anhelante, sediento de piedad por sobre esa otra pampa que es la angustia de un hombre. Un estilo llano y sólido, aquí y allá sembrado de imágenes brillantes, unta de gusto literario la amarga realidad.

DAVID VELA. Guatemala.

Tota la tragedia de la guerra del Chaco restava ignorada. En aquest llibre s'ens revela amb tota la cruesa i amb tot l'horror. Esdevé una cosa allucinant i hom es fa cabal exacte del que fou, molt mes que'n els reportatges publicats sobre aquest tema. Es aques un llibre que pot posar-se dignament al costat del famós de Remarque.

RAMÓN ESQUERRA *El Mati*. Barcelona.

Marín Cañas reconstruye con prosa admirable y riqueza cromática ejemplar, con vigor y densidad emocional insuperables, el cuadro integral de aquellos horrores, desarrollando la narración con ese verismo escalofriante que sobrecoge, como en las obras maestras de análogo tema.

Marín Cañas tiene en su libro páginas de antología, en las cuales su visión magistral, la justeza expresiva y, en una palabra, la identificación con el tema, peraltan esos valores, patentes en toda la obra.

La Vanguardia. Barcelona.

"El Infierno Verde" es un subir de cumbres.

PAZ HERNÁNDEZ. Honduras.

Marín Cañas ha escrito algo que no se estaciona en el terreno de la lírica.

Su novela rompe el estrecho ambiente doméstico y sentimental, y tiene un sentido más hondo y más humano, señalando conflictos y problemas de vital importancia para todos los pueblos de América Latina.

CLAUDIA LARS. El Salvador.

La obra de Marín Cañas posee, como forma, una belleza dialéctica admirable. Es fuerte, como corresponde al motivo de la novela. Fuerte en todos sus aspectos, sin decaer un momento. Tiene un sentido poemático y una emoción insuperable. Y posee, como fondo, un valor aun más alto y más fuerte, en cuanto que da a la novela, sin expresar concretamente ninguna tesis formulista, una trascendencia considerable al pintar la realidad, la esterilidad y las miserias de la guerra.

Es un libro masculino, recio en todos sus aspectos, que constituye uno de los grandes éxitos de la literatura americana.

ABELARDO BONILLA. Costa Rica.

Es un libro fuerte, ágil, tremendo, humano. Marín Cañas ha escrito un libro robusto que se pega a nuestras manos. No pude soltarlo porque me obsesionó.

ALFONSO CARRILLO.
Diario de Costa Rica.

Y sobre esa monotonía galopa la joven y nerviosa imaginación del autor como un potro brioso sobre una llanura interminable. Las imágenes se suceden vivas como el día y la noche, en la pampa, imágenes expresadas en un lenguaje lleno de savia circulante. Hay pasajes en donde el autor condensa angustias que flotan en el ambiente de las ciudades de provincias, de las pequeñas capitales de estos paisecitos semicoloniales, y que uno ha sentido muchas veces atormentarle el pensamiento como un dolor vago.

Hay muchas páginas del libro que invitan, empujan hacia la revolución social.

CARMEN LYRA, De *Trabajo*, semanario comunista. Costa Rica.

Es una grande obra. Reune no sólo las cualidades coetáneas y específicas que son inherentes a todo relato novelesco, sino las perfecciones que constituyen norma y justeza de una obra genial.

Hay en la novela descripciones bravías y másculas que, si mueven al dolor, producen la enseñanza de la barbarie que pintan. Páginas que son, por sí, la más pura manifestación de un deber cumplido de novelista. Marín Cañas realiza su novela con osadía y coraje literarios.

VÍCTOR M. CAÑAS. *La Prensa Libre*. Costa Rica.

Imp. La Tribuna